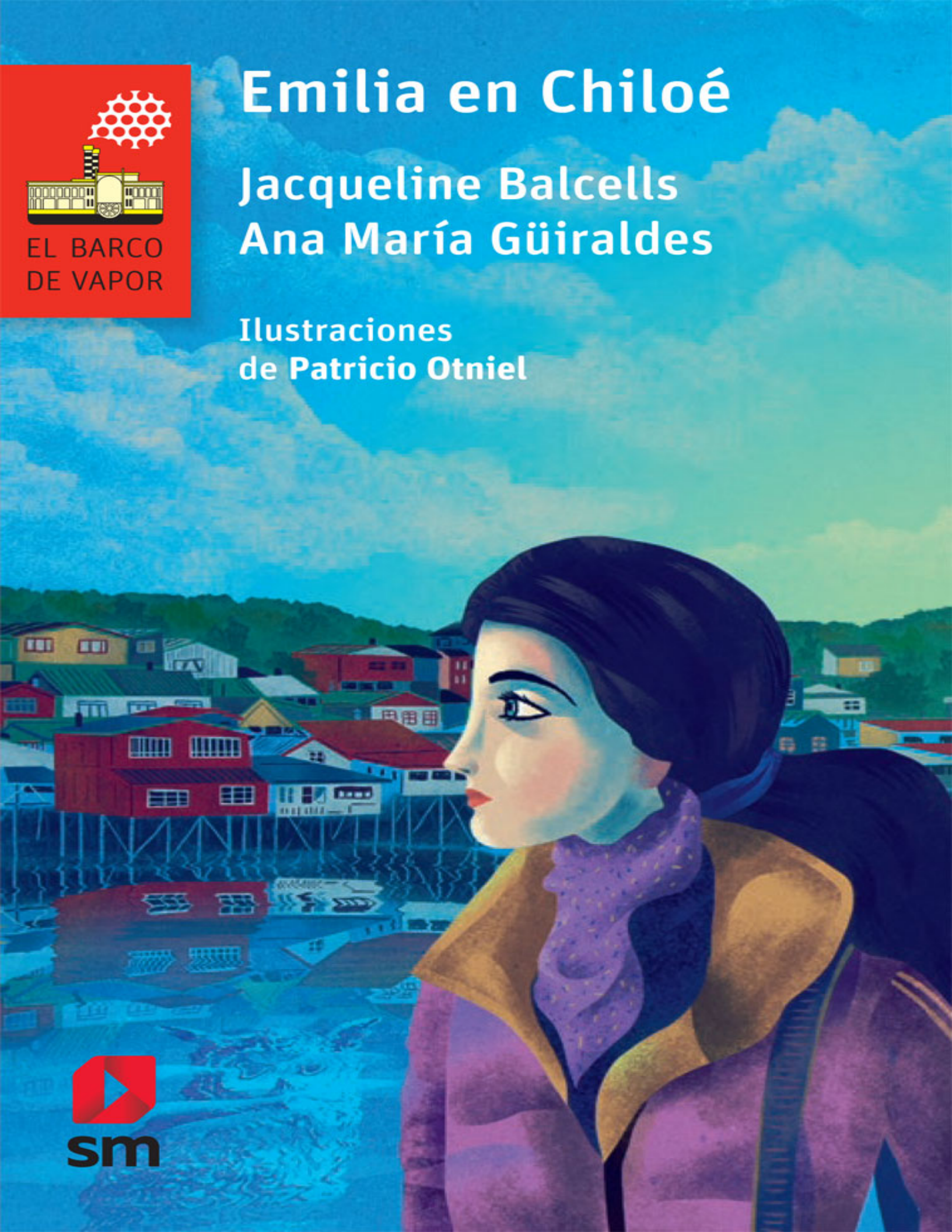
EL BARCO DE VAPOR

Emilia en Chiloé

Jacqueline Balcells
Ana María Güiraldes

Ilustraciones
de Patricio Otniel



sm

EL BARCO
DE VAPOR

Emilia en Chiloé

Jacqueline Balcells
Ana María Güiraldes

Ilustraciones
de Patricio Otniel

sm

EL BARCO
DE VAPOR

Emilia en Chiloé

Jacqueline Balcells
Ana María Güiraldes

Ilustraciones de Patricio Otniel

A Verónica y Pedro, nuestros anfitriones en Chiloé.

1

ENTRE EL AZUL Y EL VERDE

EL BUS YA HABÍA DEJADO atrás Puerto Montt y corría por la carretera entre dos paisajes verdes. En los asientos 13 y 14 iban Emilia y Diego. La muchacha leía una novela policial mientras él cabeceaba al vaivén de las ruedas.

—¿Cuánto falta para llegar al Canal de Chacao? —preguntó una mujer.

—Una hora más o menos —respondió una voz más atrás.

"Luego de catorce de viaje, una hora era un suspiro", pensó Emilia estirando los brazos y pasando a llevar la oreja derecha de Diego.

—¡Ay! —rezongó el muchacho.

—Fue sin querer, perdona. Pero sería bueno que te despertaras porque falta poco para el trasbordo —respondió Emilia, revolviéndole el pelo con cariño.

Diego se enderezó, la besó en la mejilla y asintió con la cabeza.

Los dos fijaron su mirada en lo que había más allá de la ventana y se extasiaron contemplando nubes claras y oscuras atravesadas por rayos de luz igual que en las estampas religiosas del Antiguo Testamento. Pero estas nubes se movían y dejaban a la vista hilachas azules y lagos celestes. A poco andar el cielo ya era blanco, como si un gran alud de nieve hubiera cubierto sorpresivamente el horizonte.

—Los cielos del sur son espectaculares —susurró Emilia con devoción.

—Sí —respondió Diego, mirando ahora un zoológico de vapores blancos con fauces abiertas y patas al galope.

Cuando el bus pasó por un camino más angosto franqueado por inmensos helechos, ambos muchachos contemplaron admirados la exuberancia de esos jardines gigantescos que nacían y se cuidaban solos.

—Me dan muchas ganas de conocer a tu tía —dijo de pronto la muchacha.

—Y a ella le debe pasar lo mismo contigo.

Emilia se quedó pensativa. Diego ya le había hablado de esa madrina misteriosa que escuchaba en el aire voces de hacía siglos, ruidos de batallas, gritos de socorro y cosas muy difíciles de creer para ella que era tan racional. También sabía que era una mujer muy buena y generosa y que todos en Castro acudían a ella, ya fuera para obtener un consejo o alguna de esas hierbas que tenían fama de milagrosas. Y ahora, al saber que su ahijado Diego tenía planes matrimoniales, los había invitado a pasar unos días a su casa.

Emilia, mientras pensaba, mordisqueaba un mechón de su pelo.

—¿Qué te tiene tan nerviosa, Emilia?

—La emoción de llegar a una de las ciudades más antiguas de Chile y de la que se cuentan tantas historias.

—Sí, muchas historias, demasiadas.

—Y también eso de que tu tía sea medio bruja, me da un poquito de susto.

—¡Ay, Emilia! ¿Desde cuándo eres supersticiosa?

Emilia se quedó seria por unos segundos.

—Nunca, pero ahora que nos acercamos me puse algo tensa, no sé por qué. —Lanzó una carcajada—: ¡Mira, ya se me pasó! —agregó con convicción, aunque sus ojos decían otra cosa.

Un aroma a café con leche y un tintineo de cucharas hizo que toda la gente del bus se incorporara.

En completo silencio, Emilia y Diego bebieron café acompañado de galletas dulces. Minutos después, el bus disminuía la velocidad hasta detenerse tras una fila de autos.

Habían llegado al Canal de Chacao.

Luego de algunos minutos de espera, un transbordador llegó al muelle; abrió su enorme boca y vomitó camiones cargados de algas, autos repletos de veraneantes y mujeres a pie sosteniendo en sus hombros canastos con prendas de lana.

Primero avanzó el bus y cuatro o cinco autos lo siguieron lentamente. Cuando el transbordador inició su nuevo viaje hacia la isla verde que se

veía a la distancia, algunos pasajeros se prepararon para bajar del bus. Entre ellos, Emilia y Diego.

El movimiento era tan leve, que caminaron por la cubierta como si estuvieran aún en tierra. Mucha gente se había instalado en la pasarela superior para admirar el paisaje y hacia allá se dirigieron los muchachos.

Un hombre moreno y de frondosa cabellera en desorden dio el paso a Emilia y luego la siguió en el ascenso por una escalerilla vertical y de peldaños sumamente angostos.

—¡No te vayas a caer! —advirtió Diego al ver que su novia se apresuraba en subir.

Como si las palabras de Diego hubieran sido proféticas, uno de los pies de la muchacha resbaló, el otro no alcanzó siquiera a tocar un peldaño y ella cayó en brazos del hombre que la seguía y que con el golpe estuvo también a punto de irse de espaldas. Afortunadamente, este último logró sostenerse y al mismo tiempo sujetar con fuerza a Emilia que pudo volver a equilibrarse.

—Gracias, perdón… —tartamudeó ella.

—No se preocupe, siga subiendo —la animó su salvador.

Una vez arriba y con el pelo alborotado por el viento que soplaba con fuerza, Emilia agradeció nuevamente su ayuda. Él la miró con una sonrisa divertida.

—No habría sido muy bueno comenzar las vacaciones con un pie quebrado —dijo. Luego saludó a Diego que se había acercado a Emilia y la abrazaba, protector—: ¿Vienen en el bus? —preguntó, mientras encendía un cigarrillo y aspiraba con fuerza.

—Sí —respondió Diego—. Vamos a Castro.

—Les va a gustar. Vivo ahí desde hace unos meses.

—¿Trabaja en Castro? —preguntó Emilia.

—Soy antropólogo y estoy escribiendo un libro.

—¿Antropólogo? —saltó Emilia y por primera vez contempló interesada a ese hombre de pelo aleonado y largo, nariz aguileña y mandíbula cuadrada, que vestía una camisa escocesa metida a medias dentro del pantalón y las mangas dobladas a la altura del codo. Le pareció atractivo, pese a su aspecto desaliñado, pero cuando sus miradas se cruzaron ella desvió la suya: no le gustaron esos ojos saltones, de iris amarillento.

—¿Y cuál es el tema de su estudio? —preguntó Diego.

—Todo lo relacionado con la magia chilota.

—¿Cómo se llama usted? —siguió Emilia, curiosa.

—Adrián Mateluna.

—Conozco un libro escrito por un antropólogo de apellido Mateluna —intervino Diego. Se quedó pensando un momento y agregó—: Y si no me equivoco, el tema era lo mágico y sobrenatural en la tradición de los pueblos autóctonos del sur.

—¡Exactamente! Yo soy ese Mateluna —se presentó el hombre con un gesto teatral.

—¿Te das cuenta, Diego? ¡Te encontraste con un colega! —dijo Emilia.

—Sí, qué bien —respondió Diego, sin mucho entusiasmo.

—¿Vienen por mucho tiempo a Chiloé? —preguntó el hombre, desviando sus ojos hacia el agua.

—Por lo menos un mes —contestó Emilia, siguiendo la mirada del hombre hacia unos pájaros que se lanzaban en picada sobre unos flotadores de color naranja diseminados sobre el mar.

—¡Esas malditas salmoneras! —farfulló Adrián Mateluna—. ¿Han visto algo más feo? —preguntó, sin esperar respuesta.

El transbordador se acercaba ya al muelle y todos los pasajeros comenzaron a entrar a sus vehículos. Los muchachos se despidieron de Adrián, y Emilia, al darle nuevamente las gracias, añadió:

—Quizá nos volvamos a ver en Castro.

—Quizá —respondió el hombre, aún con la vista fija en los globos anaranjados.

—No me cayó bien ese Mateluna —dijo Diego—. Y conozco lo que ha escrito: no es muy bueno.

—¡Celoso! —dijo Emilia.

—¿Celoso, yo? —Diego puso cara de inocente.

Emilia sonrió y le dio un beso.

2

BIENVENIDOS A CHILOÉ

LUEGO DE RECORRER un camino platinado por la lluvia, que caía en forma intermitente, el bus rodeó lentamente la plaza de Castro y sus pasajeros tuvieron tiempo para admirar la fachada de esa iglesia que alzaba imponente sus dos torres de color lila e invitaba a entrar por uno de sus cinco enormes pórticos.

—Esta es la famosa iglesia de Castro, patrimonio de la humanidad. Según tengo entendido, el arquitecto era italiano —dijo Diego, a viva voz.

—Pero su construcción fue hecha enteramente con manos chilotas y maderas chilotas, amigo —intervino un hombre de ojos risueños, sentado en el pasillo a la izquierda de Diego. Y antes de recibir respuesta, continuó, orgulloso—: En su interior hasta podrá sentir el olor del raulí, del coigüe, del alerce y del ciprés.

Los muchachos recibieron las palabras del vecino con amplias sonrisas y Emilia le aseguró que no dejarían de visitarla.

El bus terminó de estacionarse en una calle al costado de la plaza. Emilia miró por la ventanilla y de inmediato supo que esa mujer delgada, de pelo largo, liso y entrecano, vestida con una falda estampada y un chal en los hombros era la tía Matilde.

Ya con sus mochilas y bolsos en el suelo, Diego abrazó con cariño a su madrina que lo besaba en las mejillas como si fuera un niño. Emilia, un paso más atrás, esperó su turno.

—¡Al fin te conozco, Emilia! Te había visto en algunas fotos, pero me faltaba tu sonrisa y la vivacidad de tus ojos verdes. ¡Bienvenida a la Isla Grande de Chiloé! —exclamó extendiendo sus brazos.

Emilia se dejó estrechar por la mujer y aspiró el olor a hierbas que emanaba de su pelo, reconociendo el aroma del quillay.

—Chiquillos, Juaco los va a llevar en su camioneta; yo tengo que ir a quebrar un empacho. Ustedes llegan a la casa y se instalan nomás. Y me esperan para almorzar: tengo un pescado en el horno, listo para ser asado.

Emilia y Diego solo intercambiaron una mirada de complicidad. Ya tendrían tiempo de averiguar qué era un empacho y cómo se quebraba.

—¿Cómo están ustedes? —saludó un hombre bajito y ancho de hombros, con una sonrisa tímida. Y sin esperar respuesta, cogió el equipaje de los muchachos y se dirigió hacia una destartalada camioneta cargada con sacos hinchados y canastos rebosantes de papas de distintos portes y colores.

Momentos después, apretujados en la cabina, contemplaban el balanceo de un rosario, una cabeza de ajo y un ramito de hierbas secas atados con una cinta roja que colgaba del espejo retrovisor. Pero rápidamente desviaron la vista frente al paisaje que se abría ante ellos. En el cielo, los nubarrones echaban carreras abalanzándose unos sobre otros en figuras abigarradas y cambiantes que contrastaban con el mar sereno que brillaba a sus pies. La camioneta subía por una calle flanqueada de casitas de madera con techos multicolores, rumbo a la colina que verdeaba en lo alto. Abajo en la ribera y con sus bases de madera sumergidas en las aguas, se alineaba un conjunto de palafitos que desde lejos parecía el dibujo de un niño.

Las cabezas de Diego y Emilia miraban hacia todos lados sin querer perder detalle.

—¿Ven esos ulmos floridos? Cuando lleguemos a esos árboles doblaremos a la derecha y divisarán el techo rojo de la casa de la Matildita —explicó Juaco, metiendo cambio con un ruido de engranajes—. Mi terreno está un poco más arriba y mi techo es amarillo.

—¿Usted siempre ha vivido en Castro? —quiso saber Diego.

—Desde que me casé. Me enamoré de una chilotita. Y ahora, viudo, sigo aquí cultivando mi chacra. Soy exportador de papas, de las antiguas —agregó, con indisimulado orgullo.

—¿Y vive solo? —preguntó Emilia, dejando para más tarde la pregunta sobre las papas antiguas.

—Con el único hijo que Dios me dio: el Poroto. Le decimos así desde que era chiquitito y se metió un poroto en la oreja. No nos dimos cuenta y casi le crecen raíces —rio—. ¡Miren, ahí viene corriendo!

Por el camino, un joven de unos veintitantos años, alto y delgado, vestido con una colorida polera y flamantes zapatillas deportivas, corrió hacia la camioneta haciendo señas con la mano. El conductor redujo la velocidad a

su mínimo y el joven, de un salto, se subió a la parte posterior, acomodándose entre los sacos.

Juaco miró por el espejo retrovisor, hizo un gesto amistoso con la cabeza y aceleró.

—El Poroto no me salió muy bueno para los estudios —cuchicheó, como si su hijo pudiera escucharlo a través del vidrio—. Y aunque distingue las semillas malas de las buenas a ojos cerrados, no le gusta el trabajo de la tierra. Y parece que tampoco el del mar. Por él, viviera en el continente. ¡Así estamos con la nueva generación! —El hombre se quedó un momento en silencio y luego añadió, en medio de un suspiro—: ¡Es muy difícil manejar a los jóvenes hoy día!

Emilia y Diego intercambiaron miradas. Parecía que Juaco no los consideraba a ellos jóvenes. Pero era fácil intuir que el Poroto daba más de un problema a su padre.

—¡Llegamos!

Juaco se estacionó. Tres perros salieron ladrando con estrépito.

—¡Bingo, Cometa, Mambo: tranquilos! —gritó el Poroto, pisando tierra y acariciando a los animales que le saltaban encima. Cuando los hubo tranquilizado, Emilia se bajó del vehículo y se acercó al muchacho y a los perros.

—¡No te harán nada si yo estoy con ellos! —dijo el Poroto, protector.

—¡No me asustan! —respondió Emilia, acariciando el negro pelaje de Mambo—. Siempre he tenido perros.

Mientras tanto Diego bajaba los bolsos y las dos mochilas sin que el Poroto ofreciera ayuda.

Emilia miró con curiosidad la casa de madera, rodeada de arbustos y hierbas trepadoras entre las que brillaban pequeñas flores rojas.

—Entremos —invitó Juaco, alcanzando la llave que colgaba de un clavo escondido entre las ramas de una frondosa mata de arrayán adosada a la puerta.

El olor a humo de la cocina a leña invadía la estancia esparciendo aromas de campo. Emilia lanzó una ojeada a la sala: sillones cubiertos de mantas, macetas con plantas, canastos de mimbre y alfombras de lana iluminaban el lugar con sus colores. Sobre la cocina a leña que estaba en medio de la sala se balanceaba una cuelga de conchas de ostras.

Emilia preguntó por el baño.

—La primera puerta a la derecha —indicó el Poroto, con aires de dueño de casa y una sonrisa que pretendía ser seductora. Emilia hizo oídos sordos al carraspeo irónico de Diego y se dirigió al lugar indicado.

Luego de admirar la cortina blanca tejida a crochet que cubría la pequeña ventana del baño, la muchacha desvió su atención hacia una repisa donde se alineaban diversos frascos de vidrio que contenían líquidos, polvos o hierbas, cada uno con una etiqueta escrita con letra imprenta y lápiz rojo.

Enchuecaduras, empacho, insomnio, mal de ojo, sajaduras, mal de amores, leyó asombrada. Y mientras sus ojos iban y venían de un frasco a otro, se preguntaba qué sorpresa les iba a deparar la estadía en casa de Matilde.

Apenas salió del baño, Emilia preguntó a Juaco:

—Dígame, ¿qué es quebrar un empacho?

Diego, que en ese momento contemplaba el mar través de la ventana, sonrió.

Juaco se cruzó de brazos, miró hacia el techo y lanzó unos silbidos suaves. Finalmente respondió:

—Por lo general son los niños los que sufren de empacho. Les da sueño, sed y no le agarran el gusto a la comida. Eso le viene al niño cuando la madre no le cuece bien los alimentos.

—¿Y cómo se quiebra? —siguió Emilia, intrigada.

—Con una hierba, el culli, que se hierve con azúcar y sirve para hacer correr los intestinos. Si eso no da resultado, los que saben le hacen sonar el hueso de la cola —y Juaco hizo un ruido con la garganta imitando algo que se quebraba.

Diego y Emilia intercambiaron miradas y Emilia se preguntó en silencio cuál de las dos técnicas estaría usando la tía Matilde.

3

AMIGOS QUE NO LO SON

DIEGO Y EMILIA ESPERARON la llegada de Matilde abrazados y hundidos entre los cojines azules del ancho sillón de mimbre. La cabeza de Emilia descansaba sobre el hombro del muchacho, mientras él le acariciaba el pelo con movimientos lentos y suaves. Conversaban de lo poco que habían visto y de lo mucho que les quedaba por conocer. Emilia quería recorrer cada rincón, cada pueblo y caleta; visitar el Parque Nacional Cucao, conocer iglesias, comer curanto y chapaleles, y hasta, quizás, deleitarse con las famosas ostras de Curaco de Vélez, de las que le había hablado una amiga.

—¡Qué hambre! —exclamó, aún pensando en las ostras. Y se acercó a coger un grano de uva de uno de los racimos negros que brillaban sobre un frutero en el centro de la mesa del comedor.

—Escucho el motor de un auto. Debe ser mi tía —dijo Diego, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta. Ya afuera, divisó una camioneta todo terreno que avanzaba a gran velocidad hacia la casa.

—¡Emilia, ahí viene! —llamó a su novia, cuando reconoció a su tía en el asiento del copiloto.

El vehículo frenó brusco y de él descendieron Matilde y un hombre bajo y delgado, con pelo rubio muy corto.

—Me encontré con Aparicio en el centro y tuvo la amabilidad de traerme —dijo la mujer a manera de presentación. Luego agregó, tomándolo de un brazo—: ¿No quieres pasar? Así podrás conocer a mis sobrinos que esta tía mal educada había dejado solos. Espero que Juaco les haya hecho los honores —siguió hablando sin interrupción a medida que entraban a la casa.

—Solo unos minutos —respondió Aparicio—, porque Vilma me espera para el almuerzo.

La dueña de casa llenó cuatro largos vasos con jugo de manzana.

—¿Y qué cuenta tu mujer? ¿Sigue trabajando en la escultura de la sirena? Hace días que no la veo —dijo Matilde, mientras dejaba sobre una mesa de arrimo un plato de madera con aceitunas negras.

—Está un poco nerviosa. Y dice que le están pasando cosas muy raras.

—¿Cosas raras? —Emilia se interesó de inmediato.

—En la noche escucha ruidos que yo no oigo y esta mañana despertó con un brazo rasguñado. Estoy seguro de que se lo hizo sin querer con alguna arista de madera de la sirena que está tallando. Pero ella insiste en que no es la sirena sino otra cosa de la que no quiere hablar. ¡Pero de lo que sí me habla todo el tiempo —agregó riendo— es de la galería de arte que quiere que le financie!

—Vamos por parte —dijo Matilde—. ¡Cuéntame de ese rasguño!

—Es una larga línea roja que baja desde el codo hasta casi llegar a la muñeca.

—Mmmmm —farfulló Matilde.

—¿Qué estás pensando, brujita? —rio Aparicio.

—Nada por el momento. Solo curiosidad. Y con respecto a la galería de arte —cambió de tema—, no creo que sea mala idea. ¿Qué opinas tú, Emilita? —preguntó a la muchacha para integrarla a la conversación.

—Bueno yo… no estoy muy al tanto… Pero respecto a los rasguños, me acuerdo cuando en la universidad tenía que dar un examen oral: me ponía tan nerviosa que me daba urticaria, y de tanto rascarme mis brazos quedaban con marcas largas y rojas.

—Niños, Vilma es una linda y sensible artista, mujer de este hombre que solo entiende de pescados, de exportaciones y de euros —rio Matilde, mientras ofrecía aceitunas.

—Perdóname, Matilde, pero de escultura entiendo: seguí un curso de historia del arte en la universidad. Lo que pasa es que Vilma es muy impaciente y yo todavía no estoy en condiciones de cumplir sus sueños.

—¿Y cuándo vas a estar en condiciones? ¡Si te ha ido mejor que nunca! —lanzó Matilde, con una sonrisa pícara.

—No es para tanto. En este rubro hay que ser cuidadoso y previsor. Uno nunca sabe…

Una marcha escocesa sonó en el bolsillo de Aparicio. Se disculpó con un gesto y respondió al llamado de su celular.

—Aló, sí, dígame Juaco —la voz agradable del hombre cambió a una dureza y sequedad que sobresaltó a los que lo oían—. No. Hoy no puedo.

Bueno, por ser usted, mañana después de almuerzo. A las cuatro. Y espero que sean puntuales.

Colgó sin despedirse. Todos se habían quedado mirándolo a la espera de que diera alguna explicación por el tono que había usado con el bonachón de Juaco.

—¡Es ese maldito Poroto, que nuevamente me está dando problemas! Esta vez sí que vuela de la empresa.

—¿Qué pasó? —se preocupó Matilde.

—La mano larga.

—¿Robó? —Emilia abrió enormes los ojos.

—Con desfachatez.

—¿Mucho? —siguió Diego.

—Bastante.

—¡Qué pena, a mí me pareció un buen chiquillo! —intervino Emilia.

—Las apariencias engañan. Ese joven es un poroto podrido. Y su padre no hace nada por mejorar su siembra.

—¡Pobre Juaco! —suspiró Matilde.

—Le perdoné insolencias, atrasos y negligencias por deferencia al padre, que es un buen hombre. Pero esta vez no logrará convencerme de que no lo despida. E iré más lejos: lo denunciaré a la justicia —terminó iracundo.

Se produjo un silencio incómodo, que Emilia interrumpió con una pregunta:

—¿Ese ruido en el techo, es que está lloviendo?

—Seguramente —dijo Matilde.

—¡Si recién había sol! —se sorprendió Diego.

—El sol en Chiloé anda con paraguas —bromeó Aparicio, extendiendo su vaso para que Matilde se lo llenara otra vez.

La conversación ya se había distendido y Emilia volvió a mirar con más detención a ese hombre rubio y de cejas espesas, que aunque no tenía canas a la vista, parecía superar la cincuentena. Su porte recordaba al de un jinete de caballos de carrera, aunque suplía su baja estatura con una espalda muy erguida, un aire altivo y un caminar pausado. Por otra parte, sus jeans cuidadosamente desgastados, las zapatillas deportivas y la chaqueta de cuero negro evidenciaban su deseo de mantener la juventud a toda costa. Hablaba mirando fijo a su interlocutor y luego de cada frase sonreía en forma mecánica. Emilia lo observaba con ojo crítico y no tardó en

calificarlo: era una persona "de plástico", como ella nombraba a la gente que no le parecía natural.

El almuerzo de Vilma no podía esperar más y Aparicio se despidió, prometiendo reencontrarlos en la próxima cena.

—¡Hasta el jueves y gracias por traerme a casa! —gritó Matilde cuando el hombre subía al vehículo.

—¿De qué cena hablaba Aparicio, tía? —preguntó Diego.

Matilde atizó el fuego del horno y respondió:

—El jueves habrá una cena de bienvenida para ustedes en la hostería de una amiga. Es un restorán muy bonito que está en Isla Tranqui. Mi amiga lo quiere transformar en un pequeño hotel y ya tiene listas las seis primeras habitaciones. Seremos los protagonistas de la marcha blanca, por lo tanto la cena es con alojamiento. De los que irán, ya conocen a tres: Aparicio, Juaco y el Poroto.

—¿El Poroto y Aparicio? ¿Van a cenar juntos? —se extrañó Emilia.

—Yo me limito a invitar a mis amigos sin atender a sus enredos —dijo la tía, encogiéndose de hombros—. De hecho también Sara, la dueña de la hostería, tiene profundas diferencias con Vilma y Aparicio.

—Pero… —la expresión de Diego era de absoluta extrañeza.

—Castro es un pueblo chico —explicó Matilde— y aquí los enemigos conviven a la fuerza. Ya verás como todos lo pasaremos muy bien.

Emilia comenzó a extender un mantel a cuadros sobre la mesa y a poner los platos y cubiertos que le indicó la dueña de casa.

—¿Y qué pasa entre Sara y Aparicio? —la curiosidad de Emilia no podía esperar.

—Es una historia complicada. Sucede que durante dos años Aparicio mantuvo una relación con Pola, la protegida de Sara.

—¿Cómo es eso de protegida? —preguntó Diego.

—Pola es una huérfana que mi amiga, viuda y sin hijos recogió de un orfanato. La niña en ese entonces tenía doce o trece años. Cuando terminó sus estudios, comenzó a trabajar de camarera en el negocio de Sara. Y así fue como conoció a Aparicio. De esa relación nació un hijo, por desgracia con un atraso mental grave. ¡Pobre angelito! Y lamentablemente, cuando llegó Vilma a vivir a Castro, Aparicio se enamoró perdidamente de ella y mandó de paseo a Pola.

—¡Parece argumento de teleserie! —exclamó Emilia.

—Parece, pero en este caso es real. Y ahora siéntense, niños, que ya está listo el pescado.

Minutos después, Matilde ponía una fuente de greda humeante sobre la mesa.

—¡Pobre Pola! ¿Qué edad tiene? —quiso saber Emilia, impactada con la historia

—No es tan joven como Vilma. Si no me equivoco, acaba de cumplir cuarenta y dos.

—¿Y es bonita?

—Más que bonita es interesante. Pero después de su drama con Aparicio se dejó estar y se puso bastante rara.

—¿Qué tan rara? —se interesó Diego, mientras se echaba a la boca un trozo de papa humeante, impregnada en mantequilla.

—Ya la conocerán —dijo la tía.

—Y después de todo lo que pasó, ¿con qué cara Aparicio y Vilma asisten a un almuerzo en el restorán? —se extrañó Emilia—. ¡Perdone que le insista, Matilde, pero me cuesta entenderlo!

—Aparicio tiene cuero duro. Vilma no es celosa. Y Sara se tiene que tragar la rabia para no aumentar los problemas. Mal que mal, el hombre reconoció al niño y le da a Pola una pensión alimenticia que las ayuda bastante.

—No es ninguna gracia que lo mantenga: es su obligación —habló Emilia, la abogada, con una ceja en alto.

—Aparicio y Vilma ya han estado varias veces con amigos en ese restorán sin importarles la presencia de Pola. Por otro lado, para Sara los clientes son los clientes y mientras paguen, los recibe. De hecho, como está ampliando su hostería tiene muchas deudas y necesita dinero.

—¿Aparicio es un hombre rico? —quiso saber Emilia.

—Pienso que sí. Pero es muy cuidadoso con su dinero. No entiendo, por ejemplo, por qué no pone la galería de arte que su mujer le está pidiendo desde que la conozco.

—¡Avaro será, pues tía! —comentó Diego.

—¿Y cómo es Vilma? —preguntó Emilia.

—Es bonita y tranquila. Podría ser la hija de Aparicio por la diferencia de edad. Nos hemos hecho amigas, pues ella se interesa mucho por la medicina natural, tema que yo domino.

—¿Y quién más está invitado? —se interesó Diego, mientras Emilia se ponía de pie para recoger los platos.

—Aparte de Aparicio, Vilma, Juaco y el Poroto, irá Adrián. Es un hombre que a primera vista parece hosco, pero es muy interesante. Es antropólogo y está aquí desde hace algunos meses escribiendo un libro. Se ha hecho muy amigo mío y también de Vilma y Aparicio.

—¡Adrián Mateluna! —saltó Emilia, con los ojos brillantes.

—¿Lo conoces? —la tía se quedó inmóvil, con la fuente de uvas entre sus manos.

—Emilia tuvo un fuerte encuentro con él en el transbordador.

—¿Discutieron? ¡Adrián puede llegar a ser violento! —se asustó la tía.

—No, tía, no se asuste. Lo que pasó fue que Emilia resbaló en la escalera y él la salvó de caer de alto a bajo. El impacto de la caída fue el grande.

—¿Y por qué dice que puede ser violento? —se interesó Emilia.

—Es un hombre conflictivo y no le cuesta mucho alterarse. Cuando le da con algo no se detiene: puede llegar a desesperar a los demás con sus obsesiones. Pero conmigo ha sido muy cariñoso y yo le tengo aprecio.

—Matilde se levantó a buscar un pequeño canasto con hierbas y anunció —: Les daré un rico té chino que me regalaron, mientras yo bebo mi infusión de meli que aplaca mi colesterol.

—¿De miel? —preguntó Emilia.

—No, meli. Es una de las tantas hierbas medicinales que crecen por aquí.

Una vez terminado el almuerzo y lavados los platos, Matilde los hizo elegir dormitorios: el que daba al jardín o el que daba al mar. Diego eligió el mar y Emilia el jardín. La muchacha sintió de golpe el cansancio del viaje, se tendió en la cama y se puso a divagar. Había sido un día largo y rico en novedades y personajes. Un padre y un hijo con problemas, un antropólogo conflictivo, un rico industrial pesquero con historias de amores y desamores y la encantadora, pero también misteriosa tía de Diego, que quebraba empachos, coleccionaba frasquitos contra extraños males y juntaba enemigos en torno a una mesa. De los invitados, faltaba solamente conocer a la escultora de los brazos rasguñados, a la dueña de la hostería y a su protegida de trágica historia.

4

DÍA DE MERCADO

AL DÍA SIGUIENTE, Emilia despertó con un rayo de sol en los ojos. Lo primero que pensó fue: "Estoy en Chiloé". Miró el reloj y con sorpresa vio que eran las once de la mañana: ¡había dormido trece horas de un tirón! Se levantó presurosa, se puso un chaleco arriba del pijama y salió del dormitorio. Sobre la mesa del comedor había un termo y una panera cubierta por una servilleta azul. Toda la casa estaba en silencio. Emilia se sentó y al levantar la servilleta vio con gusto unos pancitos amasados que aún despedían calor. Bajo el termo apareció la nota con la letra de Diego: Bella durmiente, estamos en la huerta de Juaco. Si quieres nos esperas; si no, ven a encontrarnos. Camina en línea recta hasta la casa de techo amarillo.

Bebió el café con calma y saboreó el pan con mantequilla y mermelada de murta. Y luego de ducharse, hacer su cama y vestirse, en vista de que nadie aparecía, partió rumbo al huerto vecino. Caminó lentamente inspirando con fuerza el aroma a hierbas, humo y sal de la mañana chilota. Sus ojos, del mismo verde de los matorrales que trataba de identificar, se fijaban en cada piedra, en cada planta, en cada flor que iba descubriendo. Recordaba con precisión todo lo que había leído acerca de la flora y fauna mitológica de Chiloé. ¿Sería ese súbito aleteo el vuelo de un ñanco, el pájaro que anuncia la muerte? ¿Y ese trino agudo, el de un chirrío, el ave buena que vive entre las ramas? Se preguntó también si la corola de pétalos amarillos que casi pisó sería una cuñeima, la flor que se transforma en muñeca y anuncia llorando que por ahí cerca hay un tesoro. Se agachó a contemplarla y solo vio una margarita silvestre.

Abstraída en sus contemplaciones ni se dio cuenta cuando llegó a la casa de Juaco.

—¡¿Aló?! —gritó, mientras empujaba la reja de madera que crujió como si le doliera.

—¡Acá, Emilia! —escuchó la voz de Diego. Y el rubio y crespo muchacho apareció por un costado de la casa.

—¿Cómo durmió la reina?

—Como reina —rio ella, cerrando los ojos, mientras su novio la estrechaba entre sus fuertes brazos.

—Juaco nos dejó eligiendo las papas que le regaló mi tía. No te imaginas la variedad que tiene.

Caminaron por un angosto sendero que bordeaba la casa y cuando pasaban frente a una alta ventana abierta escucharon voces.

—¡Otra vez el mismo cuento! ¿Crees que soy tonto? Escuché tus trastabillones a las cinco de la mañana… ¿Y además tienes el descaro de mentirme? ¡Esta será la última vez que me humille intentando apelar a la paciencia de ese prepotente! Y solo lo haré en memoria de tu madre que debe estar llorando allá arriba —Juaco se ahogaba con sus propias palabras.

Diego y Emilia se miraron en silencio. Apresuraron el paso hasta llegar a la huerta. Allí estaba Matilde, inclinada sobre la tierra. Elegía una a una las papas de cáscara tan amarilla que parecían frutas y las depositaba en un canasto.

—¡Llegaste, niña! —exclamó haciendo una seña con su mano entierrada.

—Escuchamos a Juaco retando enfurecido a su hijo —le comentó Diego.

—¡No me extraña! Hasta he llegado a pensar que al pobre chiquillo le hicieron un trabajo y le cambiaron la mente. De chiquitito era un buen niño. Y ahora no es que sea malo, pero es tan requete flojo y además quiere tenerlo todo por nada.

—¿Qué es eso de un trabajo, tía? —se sorprendió Diego.

—Mal de ojo, por ejemplo. Son trabajitos que se encargan a ciertas personas. Seguramente fue alguien que no quería a Juaco.

—¿Esas ciertas personas son los brujos? —preguntó Emilia.

—Son los que saben —respondió Matilde, contemplando una papa como si fuera una joya. Y cambió de tema—: Con este canasto tengo para el mes. Voy a pedirle a Juaco que lleve algunas al Lucerna.

—¿Al Lucerna? ¿Qué es eso? —preguntó su sobrino.

—Así se llama el restorán de mi amiga Sara.

—Lucerna, bonito nombre, suena como luciérnaga —dijo Emilia.

—El Lucerna es un barco fantasma que recorre los mares de Chiloé. Es tan grande como el mundo. Para recorrerlo de proa a popa se necesita de toda una vida: se entra niño y se sale anciano. Sara asegura que los clientes de su restorán llegarán a viejos sin querer comer en otra parte.

—¿Y usted cree en esa historia? —preguntó Emilia al constatar que Matilde hablaba de ese barco como si lo hubiera visto.

—Quédate un día más aquí y vas a creer cualquier cosa —intervino Juaco, apareciendo de improviso tras ellos.

Esa tarde la decisión final fue la de conocer el Mercado Artesanal de Castro, donde Matilde tenía una tejedora amiga. Emilia quería comprar un chal de lana que le había encargado su mamá y Diego un gorro y calcetines para sus excursiones en la montaña.

Apenas llegaron a la concurrida calle que enfrentaba el mar, pudieron divisar la pequeña ciudadela constituida por los puestos del mercado. Caminaron por callecitas angostas flanqueadas por canastos, cuelgas de cholgas secas, bufandas de coloridas lanas; ensaladeras y pocillos de las más diversas maderas; chalecos, gorros y calcetines flameando como banderas al viento; alfombras y mantas que aún exudaban el olor de las ovejas; manojos de lana natural blancos y grises que solo esperaban los palillos para transformarse en prendas de ropa; hierbas de todo tipo y envases de papel encerado que abrigaban el dorado y dulce tesoro de las abejas y del ulmo.

Emilia cayó en trance. Caminaba de un lado a otro admirando, tocando y preguntando. Lo quería todo: miel para su abuela, una bufanda para su gran amiga Susana, un canasto para la leña de la casa de Quintay y otro de colores para guardar revistas en su dormitorio, y también esos largos calcetines que terminaban con una plantilla de cuero, ideales para trabajar frente al computador en invierno.

—¡Esto es la locura! —dijo Emilia, volviéndose con los ojos brillantes hacia Diego y su tía.

Pero ellos no estaban ahí. Miró hacia todos lados, hasta que finalmente los divisó: frente a un mesón repleto de ceniceros, llaveros, cucharitas e iglesias en miniatura con el logo "Recuerdo de Chiloé", tía y sobrino estaban en animada charla con una mujer alta, de pelo rubio y liso. Emilia se acercó sonriente.

—Esta es Vilma —presentó Matilde—. Nos invita a tomar un aperitivo en su casa al atardecer.

—¿Y a mí también me convidarán? —una voz hizo que los cuatro se voltearan.

Ahí estaba Adrián Mateluna, con su cigarrillo colgando de la comisura de los labios y sus ojos brillantes.

—¡Miren con quiénes me vuelvo a encontrar! —exclamó palmoteando el hombro de Diego y saludando esta vez con un beso a Emilia.

—Son mis sobrinos —dijo Matilde—. Ellos ya me contaron del encuentro en el transbordador.

El recién llegado escuchaba sin despegar la mirada de Vilma.

—Bueno, ¿yo también estoy invitado? —insistió.

—¿No ibas a escribir hoy en la tarde? —preguntó Vilma.

—Tuve un problema con el computador, así es que estoy libre —respondió Adrián, dándose por invitado.

Se produjo un silencio incómodo, que fue interrumpido por Emilia.

—Un día más en esta feria y quedo en bancarrota.

—A los turistas siempre les pasa lo mismo —intervino Vilma—. Hasta yo, que vivo aquí, me entusiasmo con todo. Pero eso sucede cuando vengo sola, porque cuando mi querido marido me acompaña, no me deja comprar nada —se quejó, sonriente. Y mostró una bolsa plástica que sostenía en la mano.

—¿Qué es? —dijo Matilde.

—Miel y más miel —respondió ella.

—¿Para endulzar las agüitas de hierbas que te pasas bebiendo últimamente? —preguntó Adrián.

—Sí, con miel quedan deliciosas —repuso ella.

Caminaron otro rato entre los mesones que exponían las mercancías. Emilia observaba con disimulo a Vilma, que se dejaba guiar por el brazo de Adrián en su espalda. Parecía una muñeca de pálida porcelana. Su cabello flotaba sobre sus hombros y su alta figura era la de una adolescente. Emilia recordó lo del rasguño en su brazo, pero la blusa de la mujer era de manga larga y no pudo divisar ninguna marca.

Siguieron deambulando, se detuvieron frente al mesón de la tejedora amiga de Matilde y dieron tiempo a Emilia para decidir con calma entre un chal gris de lana sin teñir o uno rojo bermellón.

—Son tan lindos todos —dijo Emilia—. ¡No me decido!

—Esta señora tiene muy buen ánimo para teñir y trabaja sin que nadie la mire, por eso le quedan tan lindos —dijo la tía, felicitando a la vendedora.

—¿Y por qué no la pueden mirar? —se extrañó Emilia.

—Han de saber ustedes que la vista muy fuerte les hace mal a las tinturas, y si hay muchas personas mirando, no pega el teñido —explicó la mujer, acariciando un chal azul con su mano fuerte y arrugada.

Finalmente, Emilia se decidió por el rojo. Ya le contaría a su mamá que ese color se había logrado tanto por el ánimo y soledad de la teñidora como por la calidad de las hierbas. Estaba a punto de preguntar por el precio de unos palillos de madera de ciprés, cuando Vilma se quejó de cansancio.

Decidieron abandonar la feria y se encaminaron hasta una pequeña plazuela. Entraron a un café. Emilia, Diego y Adrián pidieron un cortado, Matilde un helado en copa y Vilma una taza de agua recién hervida en la que depositó un par de hojas verdes que sacó de su cartera. El líquido, casi de inmediato, se oscureció.

—Son hojas de alcacheo —observó Matilde—. ¿Bebes eso para curar el susto?

—¿El susto? ¡Cuál susto? —preguntó de inmediato Emilia.

—Es una enfermedad que produce un estado de miedo y angustia permanente —explicó Matilde sin despegar los ojos de Vilma.

—¡Eso es depresión! —dijo Diego.

—Algo parecido, pero no necesariamente la gente con depresión tiene miedo. La enfermedad del susto produce debilidad, inapetencia, desmayos, sueños interrumpidos y un miedo permanente —puntualizó la tía.

—¿Y de dónde viene esa enfermedad? —preguntó Emilia, tratando de que su escepticismo y extrañeza no fueran visibles ni en su cara ni en su voz.

—Se produce cuando una persona se ve enfrentada a una situación que genera un sobresalto muy grande —explicó Matilde, con seriedad.

—Sí —afirmó Vilma. Y luego de un momento de indecisión confesó con voz casi inaudible—: Me van a creer loca, pero no lo estoy. Lo que pasa es que alguien me está haciendo un mal.

—¿Qué estás diciendo? —los ojos protuberantes de Adrián parecieron crecer.

—Cálmate, Adrián. ¡Tonteras mías!

5

MALDITOS DIUCONES

EL SOL TENÍA DE ROJO el cielo y el mar cuando Emilia, Diego y Matilde salían del taller mecánico al que habían ido en busca del auto de la tía, que estaba en reparaciones. Con Matilde al volante recorrieron la ciudad de Castro, pasaron otra vez frente a la plaza y a la iglesia, bajaron hacia el mar, contemplaron los palafitos y siguieron por la avenida marina que enfilaba hacia Vilipulli, donde estaba la casa de Aparicio.

La conversación aún giraba en torno a Vilma y su extraño y aparente mal. Matilde aseguraba que en Chiloé existían no solo la enfermedad del susto, sino que la del duende, el mal del aire y muchas otras. Diego y Emilia la escuchaban en silencio, sabiendo cada uno lo que pensaba el otro.

—La enfermedad del duende, por ejemplo, aparece cuando uno no entra con respeto al bosque. El duende se enoja y te llena el cuerpo de granitos rojos que se hinchan como furúnculos.

—¿No será porque uno pasó cerca de un litre y le dio alergia? —se aventuró a rebatir Emilia.

—¡No hay litres en Chiloé! —corrigió la mujer—. Mira, Emilia, sé que para los afuerinos estas cosas son difíciles de aceptar, pero créeme: suceden. Y los que saben, dicen que si alguien se tropieza en el bosque con unas fecas bien amarillas, tiene que tener cuidado porque por ahí pasó el duende.

Aunque a Emilia le parecía absurdo todo lo que estaba escuchando, sintió que la espalda se le ponía como piel de gallina.

—No sé si lo que tiene Vilma será el mal del aire, pero parece bien asustada —dijo Diego.

—Creo conocerla bastante y les aseguro que es una mujer racional y equilibrada: no es de andar inventando historias. ¿Recuerdan que Aparicio contó que ella tenía un rasguño en el brazo? Podría ser una sajadura.

—¿Sajadura? ¡En su baño hay un frasquito que dice "sajaduras"! —recordó Emilia, ansiosa por saber algo del misterio de esos frascos con pócimas extrañas.

—Viene de sajar, hendir. Son rasguños hechos a distancia, y se reconocen porque no duelen. Se supone que alguien con poderes los provoca para atemorizar a la víctima antes de causarle el daño final.

—¡¿Con poderes?! ¡¿El daño final?!

Emilia llegó a dar un salto en el asiento.

—¿Está hablando acaso de los famosos brujos de la cueva de Quicaví? —preguntó Diego, que iba reclinado en el asiento posterior del viejísimo Peugeot 404. Se enderezó y apoyó sus brazos en el respaldo delantero.

—¿Qué es la cueva de Quicaví? —se sorprendió Emilia, volviéndose hacia su novio.

—Por lo que sé, es una cueva donde viven los brujos rodeados de todos los instrumentos que necesitan para hacer sus brujerías. Y dicen que hasta vuelan: gritan "ticruco, ticruco" para subir y "ticraco, ticraco" para tocar tierra. ¿O no, tía? —el tono de Diego era ligeramente burlón.

—¿Vuelan en escobas? —siguió Emilia, en el mismo tono divertido.

—¡No se rían tanto, mocosos incrédulos! Efectivamente, la leyenda dice, y los que lo han visto me han dicho, que los brujos vuelan. Y aparte de las palabras que acabas de mencionar, Diego, usan un chaleco luminoso que tiene poderes.

—¿Como las botas de siete leguas del gato? —preguntó Emilia, frunciendo la boca.

Matilde se puso seria y no respondió. Emilia y Diego sintieron que habían ido muy lejos con su ironía y trataron de arreglar la situación.

—Tía, no se enoje, estamos bromeando. Lo que pasa es que no es tan fácil aceptar que un hombre vuele. Pero respetamos que lo crea, porque usted vive en este lugar, que es totalmente distinto al resto de Chile y del mundo, y eso hace la diferencia —se disculpó Diego, con voz seria.

—No me enojo y entiendo. Pero les aseguro que cuando dejen la Isla Grande llevarán en sus mochilas no solamente gorros y calcetines de lana chilota, sino una mirada distinta, muchas preguntas y algunas certezas.

Los muchachos callaron. Ante sus ojos perdía importancia ese cielo que parecía a punto de explotar de tanta nube y también esas estacas secas que habían florecido con la humedad, transformándose en coloridos cercos vegetales que delimitaban los campos a lo largo de la ruta. En ese momento

lo único que atrapaba sus sentidos eran las palabras de esa mujer que parecía muy racional, pero que aseguraba con énfasis hechos que parecían sacados de un cuento de hadas.

Doblaron hacia la izquierda y, luego de recorrer unos pocos metros por un sendero de tierra encajonado entre matas de espinillos dorados, el auto se detuvo frente a un portón viejo. Diego se bajó y abrió.

La casa de tejuelas de alerce se elevaba sobre pilotes y tenía una amplia terraza que dominaba el mar. Abajo, al pie de los escalones, se erguía una enorme figura de granito que representaba a una mujer con los brazos extendidos hacia lo alto. Aparicio salió a recibirlos.

—Vilma, yo y La Soñadora les damos la bienvenida —dijo señalando la estatua de piedra.

Subieron los escalones de madera, atravesaron la pequeña terraza y entraron a una amplia sala amoblada con sillones confortables, cocina a la vista y varias esculturas de pequeño tamaño expuestas en un estante entre algunos libros. Sobre la mesa del comedor se alzaba una fuente de vidrio llena de pétalos secos.

Vilma los saludó con entusiasmo. En ese mismo momento unos pasos en la terraza anunciaron la llegada de Adrián, que traía una botella de vino.

—¡Hola, hola! —saludó a todos—. Este vinito blanco le va a encantar a Matilde. Y ya está helado.

Aparicio recibió la botella e invitó al recién llegado a entrar.

Mientras tanto, Vilma puso copas sobre una bandeja y pidió a su marido:

—Mi amor, quiero ofrecer maní.

Aparicio hurgó en su bolsillo y sacó un llavero con forma de ancla del cual pendían llaves y llavecitas.

—El emperador hace entrega de las llaves del reino —declamó Adrián.

Aparicio hizo caso omiso de la broma y convidó a todos a la terraza.

Vilma volvió con dos pocillos rebosantes de maní y pasas y una pequeña fuente de madera —de las que Emilia había visto en la feria— llena de papas fritas. Al levantar el brazo, mientras servía, apareció una larga marca roja, que comenzaba en el codo y terminaba casi en la muñeca.

—¿Esa es la sajadura? —preguntó en un susurro Emilia a Matilde que estaba a su lado.

En el mismo tono confidencial, Matilde respondió:

—Me temo que sí. —Luego alzó la voz y preguntó a Vilma—: ¿No te duele?

—¿El rasguño? ¡No, nada! Qué raro, ¿no?

Matilde asintió, pensativa, y la dueña de casa cambió rápidamente de tema.

—Diego y Emilia, vengan a conocer mi taller.

Y dejando la fuente de madera sobre una mesa de arrimo, les hizo un signo para que la siguieran.

Los muchachos bajaron tras ella las escaleras y caminaron por el pasto sin cortar hasta un pequeño pabellón que se alzaba al fondo del jardín, unos metros más allá de la casa. Al abrir la puerta, el olor a tierra húmeda, maderas, yeso y cemento, hizo recordar a Emilia una construcción en obra gruesa. Lo primero que llamó la atención de los muchachos fue la gran cantidad de herramientas grandes y pesadas ordenadas minuciosamente contra la pared. Cinceles y martillos de diferentes portes tenían también su lugar sobre una mesa de latón. Y en el medio del cuarto se alzaba una figura de madera maciza, donde ya se distinguían dos patas de pájaro.

—Les presento a mi futura sirena —dijo Vilma, acariciando la madera clara.

—¿Una sirena o un pájaro? —se sorprendió Emilia, indicando las garras.

—No te olvides de que las sirenas, según los griegos, eran monstruos marinos mitad mujer mitad pájaro —explicó Diego a su novia, mientras Vilma asentía.

—¡Ah, claro! —dijo de inmediato Emilia—. ¿Y cómo logras esculpir algo tan grande? —añadió con rapidez, para desviar la atención de su ignorancia.

—Con la práctica, un poquito de fuerza y los instrumentos precisos —respondió la artista, cogiendo un pesado cincel de fierro y levantándolo con una mano en el aire.

—¿Y eso qué es? —preguntó Diego, señalando un bulto cubierto por un paño húmedo.

—Para eso los traje hasta acá: quería tener una opinión objetiva. ¿Quién es? —dijo levantando rápidamente el lienzo y dejando al descubierto una cabeza modelada en arcilla.

Aunque Emilia no pudo reconocer a primera vista el rostro de barro que la miraba con ojos vacíos, se fijó en las cejas espesas del modelo y aventuró:

—¿Aparicio… ?

—¡Síii! —exclamó ella, feliz como una niñita—. ¡Es una sorpresa que le tengo para su próximo cumpleaños! ¿Les gusta?

Emilia no quiso mirar a Diego porque su instinto le decía que no iban a poder contener la risa. Aunque se veía que Vilma era muy trabajadora, no parecía tener mucho talento, al menos en los parecidos.

—¡Sí, es genial! —mintió Diego, mientras alineaba y desalineaba los cinceles que había sobre la mesa.

—Esto es un secreto: ¡no me vayan a delatar! —rio la escultora.

—¡No te preocupes: seremos tumbas! —aseguró Diego, cogiendo con sus dos manos el antebrazo de Vilma y sacudiéndolo con la misma convicción que mostraban sus palabras.

La sonrisa de Vilma quedó unos segundos petrificada.

—¿Qué te pasa? —se sorprendió Emilia.

La escultora miró hacia la ventana.

—Me pareció ver una sombra.

—No hay nadie —dijo Diego, acercándose a mirar.

—Debe ser mi imaginación. Estoy muy nerviosa. Ahora volvamos a casa.

Mientras Vilma los precedía, Diego susurró al oído de Emilia:

—Bien feas las esculturas de la musculosa.

La risa de Emilia se ahogó contra el hombro de su novio, que aprovechó para besar su pelo.

En la terraza, Aparicio conversaba con Matilde mientras Adrián sorbía su vino, ensimismado. Diego y Emilia llegaron alabando el equipado taller de la escultora. Vilma asentía con visible modestia.

De pronto, junto con un fuerte batir de alas, una bandada de pájaros grises planeó por sobre la terraza en un desafinado concierto de graznidos. Giraron en amplios círculos sobre la casa y luego fueron descendiendo uno a uno para posarse como un enjambre sobre manos, brazos y cabeza de La Soñadora.

Matilde se puso de pie de un salto y con la agilidad de una niña de quince años bajó corriendo los peldaños. Movía el brazo en el aire como una hélice, mientras agitaba el chal que se había sacado de los hombros y gritaba a voz en cuello:

—¡Fuera, fuera, fuera!

Decenas de pequeños ojos rasgados, felinos y rojos se movieron en la oscuridad. Luego comenzó un lento batir de alas y La Soñadora quedó nuevamente a la vista de todos. Los pájaros ya en el aire dieron un último

planeo por sobre la casa y se fueron alejando en un vuelo bajo hasta perderse en el oscurecido cielo.

—¡Malditos diucones! ¡Malditos mensajeros de los brujos! —exclamó Matilde, volviendo a la terraza—. ¡Solo vienen a anunciar desgracias! Por suerte esta vez los pude ahuyentar, cosa que no siempre sucede.

—Gracias, Matilde —dijo entonces Vilma—. Es la segunda vez en esta semana que se aparecen por la casa.

—Eso es cierto —corroboró Aparicio—. ¿Pero por qué les tienen miedo a esos pajarracos? ¡Qué mujeres tan supersticiosas!

—¿Supersticiosas? A ver… conoces el canto del chucao, ¿no es cierto? —lo emplazó Matilde.

—Sí, por aquí canta a cada rato ese pájaro.

—Bueno, desde ahora fíjate bien por cuál lado te canta. Si lo escuchas por tu derecha será un día de suerte. Pero si es por la izquierda, te aseguro que tendrás un día lleno de problemas.

Aparicio aseguró entre risas:

—¡Prometido, Matilde! De ahora en adelante estaré pendiente de ese pájaro cantor.

Emilia y Diego, sensatamente, se quedaron callados. Adrián volvió a fijar su vista en el rostro de Vilma, que en ese momento era la única que en vez de vino sorbía de su tazón humeante.

El silencio se prolongó sin que nadie hiciera algo por interrumpirlo, hasta que Matilde repitió en un murmullo:

—¡Malditos diucones!

6

AMENAZAS Y DISCUSIONES

EL SILENCIO SE MANTUVO hasta que Aparicio se levantó, ofreció otra corrida de vino y aspiró hondo antes de hablar: —Esta tarde estuvieron aquí el Poroto y Juaco pidiendo clemencia, Matilde.

—¿Y qué pasó? —respondió ella, bajando su mirada del cielo.

—Les dije lo que tenían que oír. Corté por lo sano —y Aparicio dejó caer de canto una de sus manos sobre la palma de la otra.

—¡Despediste al Poroto! —adivinó Matilde—. ¡Y no tuviste compasión de Juaco!

—No había vuelta. ¡Si lo pillé literalmente con las manos en la masa a ese bueno para nada! El lunes, al entrar de improviso a mi oficina, encontré al perla echándose al bolsillo un fajo de billetes que yo había guardado en mi cajón esa misma mañana.

—Amor, no es que te quiera criticar, pero fuiste demasiado severo —intervino Vilma.

—¿Severo con un ladrón? ¡Todo tiene su límite, querida! —exclamó Aparicio endureciendo la voz—. Pero fui compasivo y por deferencia al padre no denuncié de inmediato a ese desgraciado a la policía. Claro que le puse una condición: si de aquí a un mes no repone lo robado… ¡a juicio nomás! Y después de eso… ¡la cárcel!

—¡Pobre Juaco! —se compadeció Matilde—. ¿De dónde van a sacar el dinero para responder?

—Ese no es mi problema. Debió educar mejor a su hijo. Y se lo dije clarito y en su cara. Si el padre no me puede pagar ¡mal no le va a hacer al hijo pasar un tiempo tras las rejas!

—¡Qué fuerte! —dijo Emilia—. Debe ser atroz para don Juaco saber que su único hijo es ladrón y que puede terminar en la cárcel.

—Y más fuerte aún que le digan que no supo educarlo —siguió Adrián, luego de un carraspeo para aclarar su garganta.

—¿Y qué habrías hecho tú? ¿Perdonarlo y punto, señor magnánimo? ¡En vez de andar dictando cátedra sobre cosas que no te incumben, deberías dedicarte a terminar el libro, ese que nadie te quiere publicar! —lanzó Aparicio, visiblemente alterado.

—No te pongas así, mi amor —intervino Vilma—. ¡Si no es para tanto!

—¿Qué tal tu defensora, Adrián? —En vez de calmarse, Aparicio enrojeció de rabia.

El antropólogo se concentró en su cigarrillo y no respondió.

Diego silbó suavemente y Vilma bajó los párpados. Matilde abrió y cerró tres veces los puños, como si estuviera expulsando algo malo para que se lo llevara el aire.

El largo minuto de tenso silencio que siguió fue interrumpido por Emilia.

—¡Perdón! ¿Dónde está el baño?

—¡Yo te llevo! —respondió Vilma poniéndose de pie.

Mientras las dos mujeres se alejaban, Adrián, sorpresivamente, lanzó con furia:

—¡Esos flotadores naranjas son un atentado a la belleza natural del paisaje oceánico!

—¿Los flotadores? —se sobresaltó Matilde, que aún pensaba en Juaco y el Poroto.

—¡Esos que usted ve todos los días cuando mira el mar, pues, Matilde! Esos que los dueños de las salmoneras diseminan a diestra y siniestra para encajonar a sus peces.

—¡Ah, no! ¿Viniste a pasar un buen rato o a seguir discutiendo uno de tus temas favoritos? —intervino el dueño de casa.

Diego, pese a que Mateluna no le era simpático, no pudo dejar de aprobar sus palabras; y sin intención de echar más leña a la hoguera, agregó que la defecación de los salmones produce tal acidez en las aguas que a la larga destruye la flora marina. Aparicio respondió elevando el tono en favor del progreso que significaba para Chiloé la instalación de las salmoneras.

Las voces de los hombres se escuchaban desde el baño, donde Emilia trataba de lavarse las manos con un minúsculo pedacito de jabón al que le habían ensartado una tapa de bebida para aprovecharlo al máximo. Luego, mientras miraba la pasta dental exprimida hasta lo imposible, vio que junto al vaso con los cepillos de dientes había un palito que pensó era de canela.

Lo llevó a su nariz, pero no pudo reconocer el aroma y en un acto mecánico se lo metió al bolsillo del pantalón antes de salir del baño.

Al pasar frente a la cocina vio a Vilma con sus dos manos apoyadas en el mesón y la cabeza caída sobre el pecho.

—¿Te sientes mal? —exclamó Emilia, precipitándose hacia ella.

—Un pequeño mareo solamente. No te preocupes, ya estoy bien —respondió la aludida, enderezándose.

—Vilma, ¿de verdad piensas que te están haciendo un mal? —se aventuró a preguntar la muchacha—. ¿No crees que tus mareos pueden tener una causa física? ¿No estarás embarazada?

Vilma sonrió a medias.

—¡Si de algo estoy segura es de que no estoy embarazada! En cuanto a lo otro… —se puso seria y miró con fijeza a su interlocutora—, sé lo que digo. Después de tres años en esta isla, lo que antes me parecía imposible comienza a tener un sentido. A mí alguien me está apuntando.

—¿Pero quién y por qué?

—Quién, no sé; ¿por qué? ¡Porque la envidia existe! —afirmó con vehemencia, mientras cogía el manojo de llaves que estaba sobre la mesa. Luego abrió la puerta de la despensa y después de sacar un paquete de galletas saladas y un frasco con paté, volvió a cerrar con doble vuelta.

—Aparicio guarda todo bajo llave: mantiene la economía de la casa en forma ri-gu-ro-sa —pronunció cada sílaba con énfasis—. Se casó muy viejo: ¡mañas de solterón! ¡A veces me dan ganas de matarlo!

Emilia pensó que si Aparicio guardaba el maní con llave, difícilmente pondría dinero en una galería de arte. Mientras la dueña de casa ponía paté en las galletas, Emilia reparó en un pequeño gorro de lana de colores que estaba sobre un piso. Vilma siguió su mirada y comentó:

—Es un regalo que yo tenía para el hijo de Aparicio: ¡pobrecito, le tengo mucha lástima! Esta mañana vinieron su madre y su abuela postiza en busca de la pensión alimenticia; son implacables y agobian a mi pobre marido con sus exigencias. Al parecer no les interesó mucho el gorro, porque lo dejaron olvidado.

Emilia cogió la bandeja con galletas y caminó hasta la terraza. Se sentó junto a Diego, que la miró como si hubiera estado un siglo lejos de él, y se integró a la conversación. Minutos después apareció Vilma con un tazón humeante entre las manos y tomó lugar nuevamente junto a su marido.

—¿Eres abstemia, Vilma? —preguntó Diego.

—Desde hace unos días está dedicada a las hierbas —contestó Aparicio por ella.

—¿Más agüita contra el miedo? —dijo Emilia, mirando el líquido claro que contenía esta vez la taza.

—Por favor, no hablemos de miedo ni de males —pidió Vilma.

—Por lo general los males caen sobre los que no respetan un espacio sagrado, mezclan alimentos indebidos o generan algún tipo de envidia; y no pienso que ninguno de ellos sea tu caso, Vilma querida —la tranquilizó Matilde.

—Totalmente de acuerdo —siguió Adrián—. Vilma es una mujer buena y dulce, respetuosa de las reglas y de los demás. ¿Quién podría desearle un mal?

La expresión de incomodidad de Aparicio ante la alabanza de Adrián fue evidente. Se volvió hacia su esposa y le dijo con ironía:

—Buena y dulce mujer: ¿podrías traer más vino?

Vilma se puso de pie y se volvió a sentar:

—Aparicio, yo…

No fue capaz de terminar la frase y se llevó las manos a las sienes. Su rostro estaba más blanco que esa luna que los miraba desde lo alto. Se echó hacia atrás, respirando con dificultad.

—¡Vilma, Vilma! ¿Qué te pasa? —exclamación y pregunta surgieron al unísono de las gargantas de Aparicio y Adrián.

—Yo… no sé… es que… —se escuchó una tenue respuesta, antes de que la mujer se deslizara desvanecida sobre las piernas de su esposo.

Los cabellos de Vilma se esparcían amarillos sobre el pantalón negro de su marido.

—¡Amor: ¿qué te pasa?! —repetía una y otra vez Aparicio, intentando enderezar a su mujer para recostarla sobre su pecho.

—¡Hay que llamar a un médico! —opinó Diego.

—Tiéndela allí —dijo Matilde, indicando el sofá, al interior de la casa.

Entre Aparicio y Adrián trasladaron a Vilma y la recostaron sobre los mullidos cojines verdes. Los demás rodeaban el sofá sin perder de vista la cara de la desmayada.

—¡El doctor Paiva está en su casa, vi su auto al llegar! ¡Lo iré a buscar! —dijo Adrián, dirigiéndose a la puerta.

En ese momento todos advirtieron que en el rostro y cuello de Vilma habían aparecido unas pequeñas manchas rojizas.

Matilde tomó el brazo de la mujer y levantó la amplia manga de su blusa para observar de cerca el rasguño entre el codo y la muñeca.

—Creo que es un mal… —dijo en un murmullo—. ¡He visto rasguños parecidos! —Y pasó lentamente su dedo por sobre la marca roja.

En ese momento Vilma abrió los ojos y se incorporó a medias.

—¡Ya estoy mejor!

No pasó mucho rato hasta que los pasos de Adrián, seguidos por los de un hombre regordete, bajo y calvo, irrumpieran en la habitación.

Lo primero que hizo el doctor Paiva fue iluminar los ojos de la mujer con una linternita. Luego le tomó el pulso y auscultó su pecho con un estetoscopio que sacó de un bolsillo.

—¿Ha vomitado, señora? —preguntó el médico.

—No —respondió Vilma.

—Esas manchas podrían responder a una intoxicación. ¿Es alérgica?

—Que yo sepa, no. Pero me he sentido mal desde hace un par de días: me ha dolido el estómago.

—Se lo ha pasado tomando agüitas —intervino Adrián.

—¿Qué tipo de hierbas? —quiso saber el doctor—. Porque a veces el exceso de ciertas plantas puede producir efectos contraproducentes.

—Boldo y alcacheo —respondió ella, con voz débil.

—Esas son inocuas. ¿Comió algo que le pueda haber hecho mal? —inquirió el médico.

—Anoche comimos lapas…

—¡Pero si hace días que te vienes sintiendo mal! —recordó su marido.

—Los mariscos descompuestos producen vómitos y colitis severa —dijo Paiva—. Y al parecer no es su caso. Puede haber sido una reacción alérgica a algo que comió. Pero como sus signos vitales están bien, la dejaremos en observación un par de días. Si el cuadro se repite, habrá que hacerle algunos exámenes. Por el momento, trate de comer liviano.

—Gracias, doctor, la verdad es que ya me siento mejor —dijo Vilma, esbozando una sonrisa.

El doctor Paiva hizo un saludo con la cabeza y se retiró del lugar, seguido por Adrián, que lo acompañó a la puerta.

Minutos después, Vilma, ya erguida y con más color en la cara, comentó:

—¡Si el doctor supiera!

—¡Basta de supersticiones y tonterías! —se sulfuró Aparicio—. ¡Si te vuelves a sentir mal, te llevo directo al hospital!

Los ojos de la escultora se llenaron de lágrimas. Su marido suspiró y la abrazó con cariño.

Minutos después, los invitados descendían por la terraza para encaminarse hacia sus autos. Un aroma a sal y yodo se confundía con el olor a pasto húmedo. Las nubes, como batallones oscuros, avanzaban lentas pero decididas cubriendo el cielo. La luna ya no iluminaba el mar. Un golpe de viento arrebató el chal de los hombros de Matilde y mientras Diego corría entre las sombras tras la volátil mancha lila, las gotas de lluvia comenzaron a caer; primero como un rocío suave y tupido y luego en líneas largas y brillantes. Y en cosa de segundos, el cielo abrió sus fauces con un rugido animal y el agua que brotaba de su garganta se desplomó con violencia sobre la tierra de Vilipulli.

—¡Ay, me estoy empapando! —gritó Emilia, mientras corría hacia el viejo Peugeot.

—¡Ojalá no siga lloviendo mañana! —dijo Matilde, cubriéndose la cabeza con el chal.

—Escuché en las noticias de la televisión que es posible que el tiempo se eche a perder —agregó Adrián, también apresurando su paso.

—Truene, llueve o relampaguee, mañana será un día especial, ¡lo prometo! Llevaré todo lo necesario para dar placidez al lugar: velas aromáticas, flores relajantes y mucha energía positiva.

—¿Y sus hierbas, las va a llevar? —preguntó, riendo, Diego.

—¿Hierbas? Esta vez no. Solo me preocuparé de que no haya tensión en el ambiente —respondió Matilde, mientras buscaba sus llaves.

Adrián subió a su auto y cerró con un portazo. Luego los focos iluminaron la tierra y el motor rugió antes de partir.

Matilde lo siguió. El camino entre Vilipulli y Castro fue como una navegación sobre cuatro ruedas. Un chaparrón tras otro enceguecía la visión de los muchachos, pero no la de la tía, que acostumbrada al clima manejaba como si fuera de día.

Iban todos en silencio. Emilia hurgaba en su memoria para recordar un par de detalles que con la misma rapidez con que le habían llamado la atención, después se le habían escapado. No era la tacañería de Aparicio que había quedado al descubierto ni la guerra fría que se vislumbraba entre este y Adrián; tampoco el triste episodio del Poroto y su padre; ni siquiera los pájaros agoreros o el desdén de Pola al dejar el regalo para su hijo en la cocina. Tampoco era el desmayo de Vilma. Eran unos detallitos

insignificantes que no lograba recordar, pero que alertaron su mente apenas los advirtió.

7

TURISMO Y ALGO MÁS

LLOVIÓ TODA LA NOCHE, pero al día siguiente el sol volvió a asomar como si nada hubiera pasado. Esa tarde, Emilia y Diego debían ir a Isla Tranqui, pero como tenían la mañana libre aprovecharon para visitar la catedral de Castro. Caminaron de la casa de Matilde hasta la carretera y luego se subieron al primer bus que pasó y que los dejó justo frente a la plaza. Caminaron un poco bajo los grandes árboles, se detuvieron para contemplar las contorsiones de un mimo y luego entraron a la iglesia.

Se arrodillaron en una de las bancas de madera pulida para admirar el interior de esa inmensa nave en la que hasta podía olerse el bosque, como bien había dicho el hombre en el bus. Mientras Diego perdía su mirada en el altar de madera labrada, desde donde Cristo los contemplaba clavado a una estilizada y enorme cruz, Emilia se concentraba en un ángel guerrero que se erguía sobre un pedestal. Vestía un peto medieval gris y tres polleras de colores. En su mano derecha enarbolaba una espada y en la otra sostenía la balanza de la justicia. ¿Dejaría ese ángel caer su espada sobre el criminal o se apiadaría ante su arrepentimiento?, se preguntó Emilia, pasando de la espada a la balanza una y otra vez. Luego los cuellos de los dos muchachos se doblaron hacia el altísimo techo de madera brillante construido con tablones largos y angostos que se curvaban para terminar en una cúpula que dejaba entrar la luz del cielo por los vidrios de sus ventanas ovaladas.

Se pusieron de pie en silencio y recorrieron las naves, admirando cada figura sagrada y deteniéndose más tiempo frente a una Virgen que con fijeza de siglos contemplaba al niño que tenía entre los brazos.

De pronto, Emilia cogió la mano de su novio y lo empujó tras un confesionario.

—¿Qué pasa? —preguntó Diego, sin entender.

—¡Shhhhh! —lo hizo callar Emilia—. Mira disimuladamente a los que se acaban de sentar en ese banco.

El muchacho giró su cabeza y vio a Vilma y Adrián que, sin prestar atención a su alrededor, hablaban en susurros y con las cabezas inclinadas. Alcanzaron a escuchar un vehemente "yo nunca me doy por vencido" seguido de un carraspeo. Pero nuevamente el tono bajó y ya no oyeron más.

Permanecieron ocultos como unos gatos tras el confesionario, rogando que no se acercara un sacerdote a confesarlos. Por suerte Vilma y Adrián en ese momento se ponían de pie y salían cada uno por una puerta distinta.

Luego de un corto lapso, los muchachos los imitaron. Una vez fuera se miraron con asombro:

—¿Qué te parece? —preguntó Diego.

—Un buen lugar para hablar sin que te sorprendan.

—¿Qué querría decir Adrián con "yo nunca me doy por vencido"?

—Quizá tiene que ver con su trabajo —respondió Emilia, pensativa.

—Mmmm. En todo caso es algo que no nos incumbe.

De la iglesia se fueron caminado hasta el mercado donde los esperaba Matilde para irse juntos a la Isla Tranqui. Entraron junto con un grupo de mujeres que portaban canastos vacíos y que seguramente saldrían llenos de verduras. Caminaron de mesón en mesón admirando zapallos italianos grandes como sandías; papas de distintos tamaños, formas y colores exhibidas en sus almudes de madera; tomates que de mirarlos parecía que les iba a saltar el jugo y cerros de lapas y navajuelas desconchadas que expelían todo su aroma marino y que las mujeres sentadas en el suelo tentaban a comprar.

—¿Habrá llegado la tía Matilde? —preguntó Emilia, mirando a su alrededor.

—Cuando divises una cabeza con un pañuelo a lunares, ¡grita! —respondió Diego, deteniéndose frente a un mesón donde se alineaban los chapaleles extendidos sobre un paño blanco.

—También tenemos chicha de manzana, señor —ofreció el vendedor mostrando una botella y guiñándole un ojo.

—¡Matilde a la vista! —exclamó en ese momento Emilia, agitando la mano por sobre su cabeza para llamar la atención de la tía.

—¡Hola, niños! —dijo ella, mientras sonreía un hombre que acarreaba una sarta de peces y que la saludó al pasar—. ¿Les gustó la iglesia?

—Mucho, tía. Vimos cosas preciosas… y curiosas —dijo Diego, codeando con disimulo a su novia.

—Juaco andaba por aquí, entregando sacos de papas. ¿No lo han visto?

Los jóvenes negaron con la cabeza.

—La verdad es que estoy un poco preocupada por mi amigo: anda muy cabizbajo. Y no es para menos —suspiró.

—¿Sabe, tía? A veces pienso lo mismo que Aparicio, quizás le haría bien al Poroto pasar un tiempo en la cárcel —dijo Diego, mientras los tres caminaban hacia la salida.

—Eso llevaría a Juaco a la muerte. Luego de perder a su mujer, lo único que lo mantiene vivo es su hijo.

—¡Qué pena! —dijo Emilia.

—Y además —siguió la mujer, respondiendo ahora al saludo de una vendedora de hierbas—, antes de salir hablé por teléfono con Sara. Me dijo que Aparicio estaba buscando motivos para disminuirles la pensión.

—Me pregunto qué va a resultar de esa comida tan conflictiva —dijo Diego.

—Yo creo que el pobre Juaco espera suavizar las cosas con Aparicio esta noche.

—¿Y su amiga Sara? ¿Y Pola? —siguió Emilia, pensando en voz alta—. ¿Con qué cara van a recibir al hombre que rapiña la pensión de su hijo?

—Oiga, tía, ¿a qué olla de grillos nos está convidando? —se rio Diego. Y echando todo a la broma, cogió a la tía por los hombros y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Ay, niños! —sonrió Matilde.

Los tres salieron al exterior y se encontraron a boca de jarro con Juaco. Cargaba dos bolsas enormes: una al hombro y otra en la mano.

—¡Qué fuerza tiene, don Juaco! —lo saludó Emilia.

—¡Años cargando papas, pues Emilita! —respondió el hombre, con voz cansada.

—¿Nos vemos más tarde entonces, amigo mío? —preguntó Matilde.

—Así tendrá que ser —fue la respuesta no muy animada de Juaco.

Lo vieron caminar hacia el interior del mercado con la cabeza inclinada, pero un paso liviano y joven, como si no llevara carga ni tuviera casi setenta años.

El auto de Matilde estaba estacionado junto a una carreta con choclos. Mientras hurgaba en su cartera en busca de las llaves, preguntó al hombre

que los descargaba por la salud de Teresa. Luego escuchó atentamente las explicaciones: su esposa había hervido los doce capullos de flores que ella le había enviado, los había bebido todos los días antes de dormir y en una semana el mal del aire había desaparecido.

Diego y Emilia no preguntaron por el mal del aire. Dos días junto a su tía, ya les bastaba para imaginar cualquier tipo de enfermedad.

El lanchón los estaba esperando. El conductor, un hombre de bigotes de morsa, les contó que ese día hubo mucho movimiento y que ya llevaba varios viajes de ida y vuelta entre las dos islas. El pañuelo a lunares de Matilde se volaba con el viento, así como las anchas mangas de su vestido que flameaban como banderas. Diego y Emilia, uniformados en sus jeans y botas, contemplaban con admiración las riberas verdes y frondosas que cercaban las aguas convirtiéndolas en un ancho pasadizo azul. El día, que se había despertado con un cielo claro y soleado, ahora mostraba en el horizonte una muralla oscura a punto de derrumbarse. De ella se desprendían espesos nubarrones que se perseguían unos a otros en un juego silencioso.

—Menos mal que trajeron sus parcas —comentó Matilde, mirando hacia arriba—. No sería raro que volviera a llover.

—Sí, va a llover, señora. El aire trae ruido de bosques y el bosque tiene ruido de mar. Pronto las nubes negras cubrirán todo el cielo y las nubes negras traen mucha agua. Se me figura que tendré que hacer tiempo para regresarlos —dictaminó el botero. Y con un dedo en alto, declamó—: ¡Con el viento la lluvia toma aliento, el mar se pone violento y el bosque brilla contento!

—¡Oiga, usted es bueno para los versos! —lo felicitó Diego.

—Sí, a mi guitarra y a mí nos convidan a todas las mingas —respondió el hombre con una sonrisa que levantó sus bigotes.

Antes de desembarcar, un aleteo negro planeó por sobre sus cabezas y se posó en la proa del lanchón.

—¡Hey, jote, fueraaa bicho de mal agüero! ¡Aquí no hay carroña! —gritó el botero, golpeando su pie contra la cubierta.

El pájaro emprendió lentamente el vuelo.

Desembarcaron sin problemas. Se despidieron del botero payador y subieron a paso lento por un sendero de tierra flanqueado por los inmensos quitasoles verdes de las nalcas.

8

ISLA TRANQUI

A POCO ANDAR VIERON en lo alto de una loma una enorme casona de madera pintada de blanco. Parecía un barco navegando en el espacio. En una esquina en forma de proa se elevaba un mástil en el que flameaba una bandera roja con letras negras que decían Lucerna.

A medida que subían vieron que en un costado de la casa se elevaban pilotes y murallas de madera a medio terminar.

—Sara está construyendo más habitaciones y quiere también hacer un sauna —explicó la tía señalando hacia lo alto—. Pero, como les dije, por la falta de dinero las obras están paralizadas.

Siguieron ascendiendo por escalones de coigüe orillados por cadenas de fierro que imitaban las pasarelas de un muelle. A ambos lados del sendero se erguían arrayanes y ulmos, cuyas pequeñas flores parecían copos de nieve caídos en pleno verano. Unos metros hacia la derecha, bajo el alero de una amplia terraza, una quebrada tupida de matorrales descendía abruptamente hacia el camino. Todas las ventanas de la hostería eran enormes ojos de buey y la puerta de entrada tenía como manilla un timón de fierro.

—¡De verdad parece un barco, tía! —dijo Diego, alzando la cabeza.

—Y espérate a estar en la terraza, hasta te vas a marear —respondió Matilde, animada. De pronto, desvió su vista hacia la izquierda y frunció los ojos—: ¿Que no es Pola?

Unos metros más allá, sobre un montículo cubierto de césped, una mujer con un delantal blanco ondeando al viento enfrentaba inmóvil como un poste a un hombre pequeño y de camisa roja, que agitaba los brazos con ademanes violentos.

—¿Y no es Aparicio? —siguió Emilia.

—Claro que es él —confirmó la tía—. Y está discutiendo con la madre de su hijo.

Siguieron mirándolos con disimulo hasta que entraron al Lucerna.

Los recibió un aroma a pan recién horneado. Los invitados, que ya estaban allí, se paseaban por la sala amplia y luminosa, cuyas paredes exhibían una colección de cuadros con mares espumosos y mares calmos; barcos varados y barcos navegando; cielos negros y amenazantes; y cielo azules y brillantes.

Vilma, vestida de jeans y con el pelo recogido en una descuidada cola de caballo, contemplaba con aire cansado la pintura de un barco que navegaba sobre una luna azul. Juaco conversaba con Adrián junto a una gran chimenea de piedra y el Poroto, con las manos en los bolsillos, iba y venía frente al ventanal que daba hacia el mar.

Una mujer gorda, con cara redonda y un moño aplastado en la nuca salió de inmediato tras el mesón del bar. Sus pasos crujieron decididos sobre el piso de madera y su falda negra y larga se agitó bajo sus anchas caderas.

—¡Qué bueno que llegaron! —exclamó cogiendo del brazo a Matilde y dándole un sonoro beso en la mejilla. Y luego sonrió a los muchachos—: ¡Bienvenidos, chiquillos!

—Esta es mi querida amiga Sara, la dueña de esta preciosa hostería —presentó Matilde—.Y la que viene ahí es Pola —continuó, señalando a la mujer morena que aparecía en ese momento. La recién llegada respiraba agitada. Saludó cortésmente a Matilde y a sus sobrinos, y enseguida se alejó hacia una puerta al fondo de la sala. A los pocos segundos hizo su entrada Aparicio.

—¿Dónde andabas, mi amor? —preguntó Vilma, al tiempo que se acercaba a los festejados.

—Por ahí, tomando aire —respondió él, y también saludó.

—Luego les mostraré sus habitaciones —dijo entonces Sara—. Tú, Emilia, dormirás con Matilde y Diego con Adrián. Por el momento, tengo solo cinco cuartos de huéspedes habilitados —se disculpó—. Y ahora, vamos a tomar un aperitivo en la terraza.

Siguieron los saludos de rigor con Adrián, el Poroto y Juaco. Minutos después, todos se encaminaban al exterior. Al abrir la puerta de vidrio, una ráfaga de viento tibio les golpeó el rostro.

—¡Tenía razón el botero! —exclamó Emilia, mirando el cielo—. Parece que va a llover.

Los ojos de los invitados se alzaron. Era como si nunca nadie hubiera visto las nubes. Llegaban rápidas, una tras otra. Como bandadas oscuras rasaban la planicie del mar y devoraban el aire en silencio y sin esfuerzo con sus inmensas alas abiertas. Y más allá del mar, cuando pasaban sobre la cima de las colinas, todo se volvía oscuro y triste, y entonces el cielo presagiaba luto y llanto. Emilia se acercó a la baranda y se empinó: la terraza era la proa del Lucerna. Y abajo, muy abajo, el océano Pacífico era un gran oleaje de rocas y guijarros.

Sara se desplazaba sirviendo jugos y vino blanco helado, mientras una Pola muy seria ofrecía minúsculos panes amasados, aún calientes, cubiertos de queso derretido y aceitunas.

Atardecía. El viento cálido movía con parsimonia las copas de los árboles de Isla Tranqui. Y justo aprovechando un silencio, un pájaro cantó con estridencia. Aparicio levantó los brazos, como pidiendo auxilio, y con tono dramático exclamó:

—¡ Ay, que susto Matildita, el chucao me cantó por la izquierda!

—Si le cantó a alguien, debió ser a mí —habló por primera vez Pola, con voz seca, mientras ofrecía un cenicero al antropólogo.

—No hay que burlarse del chucao —dijo Matilde, muy seria.

Emilia sintió algo frío subir por su espalda. Ella no era supersticiosa, pero algo tenía ese rincón del mundo que hacía que lo fantástico pareciera real. Diego leyó sus pensamientos y la abrazó protector.

Las últimas luces de la tarde desaparecían tragadas por un océano cada vez más oscuro. El viento iba en aumento y de pronto, con un estruendo de alud, la lluvia de verano se dejó caer con furor invernal.

Todos corrieron hacia el interior. Emilia resbaló sobre la madera mojada y una vez más Adrián la libró de un porrazo.

—¿Qué harías sin mí? —se rio el antropólogo, sosteniendo a la muchacha por la cintura.

—Me tendría a mí —intervino Diego, también riendo, pero sin muchas ganas.

—No se nota —siguió la broma Adrián—, porque de hecho las dos veces estabas cerca y no la sostuviste.

—Y las dos veces me he resbalado en un barco. Porque esto es un barco, ¿no? —bromeó Emilia, mirando a Diego que ya no sonreía.

—Dime, Matilde: ¿es mala suerte caerse en un barco? —intervino Aparicio, irónico.

—A tu edad las caídas son peligrosas en cualquier lugar —siguió el juego Matilde.

—Te equivocas, amiga, porque yo soy joven aún —respondió Aparicio, golpeándose el pecho. Luego apuró el contenido de su segunda copa de vino.

Todo estaba ya dispuesto para la cena. Sara dio un rápido vistazo a la mesa y exclamó, con un gesto de fastidio:

—¡Faltan las servilletas y los cubiertos de postre! ¡No sé dónde tiene Pola la cabeza hoy!

—¡En mi billetera! —oyó Emilia que farfullaba Aparicio.

Vilma se dio cuenta de que la muchacha había escuchado el murmullo de su marido y con un guiño de complicidad en sus ojos cansados declaró:

—No te preocupes por las servilletas, Sara. Con Emilia iremos de una carrera a buscar lo que falta.

Vilma caminó hacia la cocina y Emilia la siguió. El lugar era luminoso y los mesones de un blanco inmaculado. Junto al lavaplatos se erguía un tiesto de aluminio repleto de cucharones y a la derecha, en una pequeña bandeja, un tazón humeaba su infusión de hierbas. Frente a la ventana, la pesadez de un mortero y su piedra demoledora contrastaban con la fragilidad de las copas de cristal que se reflejaban en el vidrio. El enorme horno abierto dejaba ver una fila de pailas de greda que despedían vahos y calor.

Pola estaba inclinada sobre el mesón y de espaldas a las recién llegadas. Cuando las sintió entrar se enderezó bruscamente. Con un movimiento rápido arrastró con su palma unas conchas vacías de choritos y las lanzó junto a otros desperdicios al tarro de basura que estaba a sus pies. Luego se dio vuelta y enfrentó a las mujeres:

—¿Necesitan algo?

—Los cubiertos de postre y las servilletas —dijo Emilia, sonriendo con simpatía. Un penetrante aroma a sal y yodo inundaba la cocina.

En ese momento se escuchó un llanto gutural que provenía de una habitación en el pasillo. Pola dudó un instante, pero como los gritos aumentaban, antes de abandonar el lugar señaló con la mano:

—Los cubiertos están en el cajón de arriba y las servilletas sobre ese mesón.

—Lleva las servilletas, yo me ocupo de los cubiertos —dijo Vilma.

Emilia volvió a la sala con su liviana carga blanca. Al rato apareció Vilma con un tintineo de metal. Sara le dio las gracias y distribuyó lo que faltaba frente a cada puesto.

Un rato después entraba al lugar Pola, con una bandeja llena de pailas borboteantes.

Afuera, la lluvia y el viento golpeaban las ventanas.

9

OTRA VEZ CANTÓ EL CHUCAO

—ESPERO QUE A TODOS les guste el chupe de mariscos —dijo Sara y los invitó a sentarse a la mesa.

Emilia y Diego quedaron presidiendo una cabecera. En la otra se sentó Matilde.

—¡Salud por la generosidad de mi amiga! —levantó su copa la tía.

—¡Salud por los que son generosos! —brindó Juaco, mirando de reojo al patrón de su hijo.

—¡Salud por la capitana de este barco! —dijo Diego.

—¡Sí, qué maravilla de mesa! —siguió Vilma, con voz débil.

—¡Salud por una escultora tan linda! —dijo Diego, galante.

—Linda y frágil —siguió Adrián, mirándola preocupado.

Se produjo un silencio incómodo.

—El otro día tu marido nos contó que quieres poner una galería de arte, Vilma —comentó Diego para romper la tensión.

El silencio, en lugar de romperse, se intensificó. Luego de unos segundos que se hicieron muy largos, se escuchó una suave exclamación de Vilma:

—¡Mi amor…! ¿Tú dijiste eso? ¿Acaso es que…?

—¿Una galería de arte? ¿Te decidiste al fin, Aparicio? ¡Qué bueno sería para Vilma! —siguió el antropólogo.

—¿Qué sabes tú, hombre? ¡No te metas! —Aparicio habló con una sequedad que sorprendió a todos.

Vilma cerró los ojos y con las palmas de las manos oprimió sus sienes.

—¿Te sientes mal otra vez? —observó Matilde.

—No, no es nada, solo estoy un poco mareada.

—Lo que le falta es comer, doña Vilma, está muy delgadita —dijo Juaco, con amabilidad—. ¡Mmm… pruebe esta exquisitez! —agregó, llevándose

una cucharada de chupe de mariscos a su boca.

En ese preciso momento, la puerta batiente de la cocina se abrió de un golpe y un niño de unos cinco o seis años entró al comedor gateando. Balbuceaba una jerigonza interrumpida por gritos que parecían maullidos de gato. Sara se levantó de inmediato y corrió hacia él. Pero antes de que alcanzara a levantarlo, apareció Pola, que un gesto brusco tomó al niño en brazos. Lo acunó hasta calmarlo, mientras sus ojos se fijaban en Aparicio, desafiantes.

El padre de Monchito ni se inmutó. Cogió su copa y bebió pausadamente, echándose hacia atrás en la silla. Emilia pensó que debía tener un corazón muy duro. El espectáculo de esa madre con el niño enfermo le había provocado a ella una tristeza indescriptible.

—¡Pola, retírate! —ordenó Sara.

La compasión de Emilia por esa muchacha triste y de silencio contenido aumentó. Le pareció que algo que bullía en el interior de Pola estaba a punto de explotar.

—¡Tengo frío! —dijo en ese momento Vilma, con un violento tiritón.

—¿Bebiste lo que te llevé en la mañana? —preguntó Matilde, mirándola con preocupación.

Pero Vilma no respondió. Todos se dieron cuenta de que respiraba con dificultad y de que su rostro había enrojecido en forma violenta.

—Yo… no sé… es que…

No alcanzó a articular la frase porque cayó de bruces sobre la mesa. Afortunadamente, su rostro, que debió caer sobre la paila humeante, en el último instante se desvió unos centímetros hacia la derecha.

—¡Cuidado, Aparicio! ¡Si se mueve, se va a quemar! —gritó Emilia. Pero el hombre ya en esos instantes tomaba el cuerpo inconsciente de su mujer y lo recostaba contra su pecho.

—¡Otra vez lo mismo! —exclamó Adrián, consternado.

—Mejor será llevarla a su habitación —dijo Sara, poniéndose de pie. Se encaminó hacia el bar y cogió una de las llaves que colgaba de un timón con clavos.

Entretanto, Vilma ya había vuelto en sí y se había incorporado.

—¿Qué me pasó? ¿Me volví a desmayar? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Cómo te sientes? —Aparicio se veía consternado.

—Estoy mejor, no te preocupes.

—Esta vez sí me preocupo: ¡iremos inmediatamente al hospital!

Vilma comenzó a llorar.

—¡No, por favor! —pidió, suplicante.

—¡Sí, Vilma! —respondió tajante su marido. Y dirigiéndose a la dueña de la hostería, pidió—: Sara, ¿habrá alguien que nos pueda llevar a la Isla Grande?

—Difícil, con este tiempo —intervino por primera vez el Poroto.

—¡Tú, cállate: a ti no te he preguntado! —gritó Aparicio.

El muchacho respondió con un silbido. Su padre le lanzó una mirada de fuego que lo hizo callar.

—Veré qué puedo hacer —dijo entonces Sara, caminando hacia el teléfono del bar.

Juaco se acercó a su hijo y le habló al oído; enfatizaba sus palabras con gestos de las manos. El Poroto escuchaba con expresión de fastidio. Más allá, Adrián fumaba un cigarrillo sumido en el silencio. Matilde y Aparicio, inclinados sobre Vilma, que ahora estaba sentada en el sofá, le hacían todo tipo de preguntas. Emilia y Diego, tomados de la mano, contemplaban la tupida lluvia iluminada por los faroles de la terraza, que caía impertérrita.

Nuevamente unos pasos firmes se hicieron oír y Sara anunció:

—¡Lamentablemente no hay salida! La tormenta es muy fuerte y al menos por esta noche el lanchón no zarpará.

Vilma se incorporó y esbozó una sonrisa.

—Créanme: me siento mucho mejor. Me gustaría irme a la cama. Tomaré algo para dormir que tengo aquí —explicó, buscando con mano temblorosa su pequeño bolso de cuero, que estaba medio oculto entre los cojines— y mañana estaré como nueva.

Se puso de pie, ayudada por su marido, y al dar los primeros pasos tropezó con la alfombra de lana que estaba arrugada.

—¿Ves que estás débil, mujer? —dijo Aparicio—. Mañana, en cuanto la lluvia amaine, te llevaré al hospital para que te hagan todo tipo de exámenes: ¡esta vez no te librarás!

Pero la lluvia no tenía intenciones de parar y el estallido de un trueno así lo demostró. Por medio segundo se restableció el silencio y luego, a través de las ventanas, aparecieron uno tras otro los resplandores que iluminaron la estancia. Entonces un nuevo chaparrón se desplomó con furia sobre la hospedería y el ruido del agua contra las tejas sonó como si el Lucerna estuviera navegando en medio de un mar embravecido.

—¡Una tempestad hecha y derecha en pleno verano! —se sorprendió Diego.

—La mano del hombre está cambiando el clima del mundo —dictaminó Matilde, moviendo la cabeza, reprobadora.

—¿Tenemos botes salvavidas? —bromeó el Poroto.

—¡Qué frío tengo! Sara, ¿podría llevarme un termo con agua caliente a la habitación? —pidió Vilma—. Me gustaría tomar con agua de hierbas las pastillas para dormir, que en buena hora me acordé de traer.

La hospedera asintió con la cabeza.

Aparicio y su mujer se alejaron por el pasillo que llevaba a las habitaciones.

En ese momento sonó el teléfono y Sara acudió a responder. Luego de escuchar unos instantes, su voz sonó alterada:

—Le aseguro que cumpliré antes de lo que usted cree. Y, por favor, no vuelva a molestarme a esta hora.

Cuando se dio cuenta de que todos la estaban escuchando, miró a Matilde y dio una explicación:

—¿Ves? ¡No me dejan tranquila! Estoy odiando esta ampliación —acabó diciendo en un susurro, mientras volvía a la mesa.

—¿Y qué has pensado hacer? —se preocupó Matilde.

—No sé. No sé…

El chupe de mariscos aún se mantenía caliente en sus recipientes de greda y todos movieron sus cucharas en silencio. Pola reapareció para rellenar las copas de vino y dejar sobre la mesa una ensalada de tomates con queso de cabra y albahaca. Un esbozo de sonrisa parecía asomar a sus labios. Por su parte, el Poroto, que ya había dejado la paila vacía, llenaba su plato con una montaña de ensalada tan verde y brillante como su polerón de fibra. Adrián, en tanto, revolvía su guiso con la mirada perdida, en una acción que no terminaba nunca.

—¿Qué tendrá doña Vilma? —preguntó Juaco—. Tiene muy mala cara.

—¿Quién no tiene mala cara viviendo con ese hombre? —murmuró el Poroto.

—¿Qué dices? —lo interpeló Adrián, saliendo de su abstracción.

Juaco volvió a clavar la mirada en su hijo.

—Nada. ¡Era una broma! —se disculpó el Poroto.

—¡Cuidado con tus bromas, chiquillo! —aconsejó el antropólogo—. ¡Con Aparicio es muy peligroso jugar!

—Es lo que yo le digo —terció Juaco—. Pero este mocoso idiota siempre lo empeora todo.

En ese momento reapareció Sara. Su rostro lucía desencajado.

—Vilma está mejor y su marido ya viene —anunció al sentarse a la mesa.

—¿Qué te pasó, Sarita? —preguntó Matilde al oído de su amiga.

—Ese hombre es un desgraciado: me acaba de decir que le advierta a Pola que si sigue con sus amenazas y demandas absurdas, se va a quedar con las manos vacías.

Emilia, sentada cerca de ellas, escuchaba en silencio la conversación. Decididamente esa celebración iba a ser inolvidable, pero no por su alegría.

Un kuchen de manzanas con crema fue servido apresuradamente y comido con la misma rapidez. Al café volvió Aparicio diciendo que Vilma se había acostado y estaba tranquila.

La lluvia ya no se escuchaba con tanta intensidad. Los comensales se habían levantado de la mesa y Emilia, acercándose a los ventanales de la terraza, contemplaba pensativa la noche oscura. Cuando buscó alguna luz que le indicara dónde estaba el cielo, las nubes se desplegaron para ella y le mostraron una débil luna. Entonces lo que era lluvia pasó a ser llovizna y de la llovizna en unos segundos no quedó más que la humedad.

—¡Dejó de llover! —exclamó Emilia, sorprendida.

Matilde se acercó a la ventana y miró hacia afuera con ojos expertos.

—Eso no quiere decir nada. Seguro que en cualquier momento cae de nuevo el agua; así es por estos lados.

—Qué distinto a Santiago: allá una nube puede estar todo el día en un punto del cielo sin moverse —comentó Emilia.

—La gobernación marítima pronostica más lluvia —siguió Sara, mientras servía un bajativo al antropólogo.

—¿Y a mí no me va a ofrecer? —le preguntó Aparicio.

—Ahí tiene la botella, sírvase si quiere.

La botella de licor ambarino sobre una bandeja rodeada de copas quedó como centro de mesa.

—¡Mmm! ¡Qué delicioso! —dijo Diego, paladeando—. ¿Qué es?

—Se llama licor de oro —explicó Sara—. Es un trago típico de Chonchi. Se fabrica mezclando aguardiente con suero de leche, azafrán y cáscara de limón. Y ese gustito de fondo que se siente es de las almendras amargas que nunca dejo de agregarle.

—Esta vez le quedó bien cargadito al aguardiente —intervino el Poroto después de un trago—. Tal como a mí me gusta; ¿lo hizo para mí, verdad?

Evidentemente Sara no estaba de humor, porque respondió al Poroto con un gesto ambiguo. Mientras tanto Aparicio llenó su copa, bebió el contenido de un trago, y la volvió a llenar.

—¡Me iré a acostar! —anunció Matilde—. Estoy muy cansada.

—El desayuno se sirve de ocho a diez y media —recordó Sara a su amiga —. Y les aviso a todos —siguió— que tenemos un servicio de lustrabotas para los que quieran. Solo tienen que dejar sus zapatos en la puerta.

Juaco y el Poroto, instalados junto a la chimenea, hablaban en voz baja. Adrián, como de costumbre, fumaba. Emilia y Diego entablaron conversación con Aparicio que estaba algo achispado. Pola reapareció en silencio y ayudó a su madre a retirar las tazas de café y las servilletas que habían quedado sobre la mesa. Luego las dos mujeres desaparecieron tras la puerta de la cocina. Aparicio las siguió con la mirada y se volvió hacia los muchachos:

—¡Qué par de aprovechadoras! Creen que soy su cajero automático. ¿Y me van a creer que esta mañana Pola me amenazó? ¡Amenazas a mí! —concluyó con una sonrisa torcida.

En ese punto de la conversación, Emilia y Diego decidieron no seguir con el tema y se alejaron unos pasos de su interlocutor. Adrián anunció también su retiro y el Poroto no tardó en hacer lo mismo. Juaco siguió a su hijo, pero retrocedió y se acercó a Aparicio.

—Me gustaría hablar unas palabritas con usted —su voz mostraba humildad y sus ojos miraban ansiosos.

—Si me va a hablar de lo que creo, ya está todo dicho —respondió de inmediato Aparicio, con fastidio.

—Por favor, escúcheme… se lo ruego. Solo le pido más tiempo.

—Ni un día más de lo conversado ayer. Ya me aburrí. Y agradezca que todavía no denuncio al pelmazo de su hijo.

Juaco se dio cuenta de que Diego y Emilia lo escuchaban y bajó la mirada avergonzado. Musitó un apresurado buenas noches, dio media vuelta y se retiró.

—Yo me quedaré un rato a terminar mi bajativo en la terraza antes de que se ponga a llover de nuevo.

¿No quieren acompañarme? —ofreció Aparicio a los jóvenes, mientras llenaba nuevamente su copa, como si nada hubiera pasado.

—No, gracias, me muero de sueño —dijo Emilia, seca.

—¿Y tú, Diego? —la lengua de Aparicio ya estaba traposa.

—Yo también me iré a dormir.

Aparicio abrió los ventanales y salió con paso inseguro. Los muchachos lo miraron ir con la botella en una mano y la copa en la otra. La incierta luz que proyectaba la luna destacó su camisa roja mientras se acercaba a la baranda que daba al acantilado.

10

¿DÓNDE ESTÁ APARICIO?

EMILIA SE PUSO EL PIJAMA y se metió con gusto bajo el plumón a rayas azules y blancas.

—¡Qué blandas las camas, Matilde!

—Sí, espero que nada nos despierte —dijo la mujer, mientras sacaba de su maletín un camisón de franela con florcitas rojas.

—¡Qué silencio! Ni el mar se escucha —comentó la muchacha.

Emilia hundió su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Entre sueños vio como Matilde se metía a la cama y apagaba la luz del velador.

No supo más hasta que la sed la despertó. Recordó un jugo de frambuesa que había visto en la cocina y el antojo fue tan grande que decidió ir a buscarlo.

Caminó descalza por el pasillo suavemente iluminado. Al pasar frente a la puerta donde dormían Juaco y su hijo, se fijó en que estaba entreabierta. Y frente a la puerta de Diego estaban los zapatones embarrados de Adrián y las zapatillas de Diego, muy ordenaditos, esperando ser limpiados. Entró a la cocina por la puerta lateral que daba al pasillo y abrió bien los ojos para ubicar la mole blanca del refrigerador. No quiso encender la luz porque se sentía un poco intrusa, así es que una vez acostumbrada a la oscuridad caminó hacia el vaso que divisó sobre el lavaplatos. En eso escuchó voces. Se detuvo asustada y se dio cuenta de que la otra puerta de la cocina, la que daba a la sala y enfrentaba el balcón, estaba abierta. Se quedó muy quieta, pero su curiosidad pudo más y avanzó hasta echar una ojeada. Divisó entre las sombras la figura de Aparicio y escuchó su voz traposa que parecía estar recitando tiernamente a la luna. Todavía está ahí bebiendo y hablando solo: "¡qué patético!", pensó. Luego abrió suavemente el refrigerador y llenó el vaso con el jugo de frambuesa que había en un jarro.

Sus pies descalzos no hacían ruido al caminar sobre el piso. Pero el oído de la tía fue más fino que su sigilo y apenas ella entró de vuelta al dormitorio, Matilde encendió la luz del velador.

—¡Ay, niña, me asustaste! ¿Dónde andabas?

Emilia solamente mostró el jugo.

—Perdón por haberla despertado. Tenía sed. ¿Quiere un sorbito? Se sentó a los pies de la cama de la tía y cuando iba a comentarle que Aparicio aún estaba en la terraza, escucharon algo parecido a un grito.

—¿Oíste? —exclamó Matilde, incorporándose.

—¿Qué fue? ¿Un grito o un pájaro?

—Juraría que fue el chihued.

—¿Qué es eso?

—Es el tiuque nocturno. Ojalá no sea él, porque su grito anuncia enfermedad o muerte.

—Usted y sus pájaros me asustan —dijo Emilia y se volvió a meter a la cama.

Matilde apagó la luz.

La respiración profunda de la mujer fue casi inmediata y Emilia se alegró de no haberla desvelado. Pero al beber el último sorbo de su jugo, se dio cuenta de que la desvelada era ella. Permanecía muy quieta pensando en Aparicio, cuando oyó un carraspeo seguido de un murmullo de voces. Eran un hombre y una mujer cuchicheando en el pasillo. Trató de identificar las voces o lo que decían, pero era imposible. Se levantó sin hacer ruido y giró el pomo de madera de la puerta con el cuidado de un ladrón manipulando una caja fuerte. El pasillo estaba desierto y escuchó una tras otra dos puertas que se cerraron con tanta suavidad como lo había hecho ella al abrir la suya. Le pareció que la primera había sido la de Diego y la segunda, que dejó escapar un curioso click de metal sobre madera, la de Juaco y el Poroto. Miró hacia la habitación de Diego y vio que uno de los zapatones de Adrián que esperaban ser lustrados estaba fuera de lugar. Alguien que había salido de ese cuarto lo había pasado a llevar. ¿Sería Diego o sería Adrián?

El silencio había regresado al Lucerna y Emilia decidió volver a su cama.

Al día siguiente la despertó la lluvia que había vuelto con furia. Matilde ya no estaba en su cama y la muchacha agradeció el cuidado con que se había levantado para dejarla dormir más tiempo. Miró el reloj: eran las nueve de la mañana. Abrió las cortinas y contempló el panorama gris que presentaba el día. Junto con la lluvia se había dejado caer un velo espeso de

niebla que el viento desplazaba en silencio. Luego de ducharse y enfundar los jeans que la habían acompañado los tres últimos días, se dirigió al comedor a tomar desayuno. Allí estaban Matilde, Juaco, Adrián y Diego. Pola servía el café.

—¡Buenos días, madrugadores! ¿Cómo pasaron la noche? —saludó la muchacha. Se sentó al lado de Diego y junto con darle un beso en la mejilla le murmuró al oído—: Anoche me desvelé. Hubieras visto el estado de Aparicio en la terraza. ¡Después te cuento!

—Yo dormí pocazo —respondió Juaco, bostezando—. Me desperté con un grito del Poroto, que estaba soñando, y no pude volver a dormir.

—Yo fui el que me desperté con un grito tuyo. ¡No me cambie la película, señor! —reaccionó el joven.

—¡Estás loco, Poroto! —refunfuñó el padre.

—¿A qué hora fue eso? —quiso saber Emilia.

—No sé, no miré el reloj.

—Si fue a las tres de la mañana, el grito no era del Poroto, sino del chihued —dijo Emilia, mirando a Matilde.

—¿Chihued? —preguntó Diego— ¿Qué es eso?

—Según Matilde, un grito que oímos ella y yo a eso de las tres de la mañana fue del chihued, un tiuque de mal agüero.

Diego se quedó pensando.

—Me parece que también escuché un grito, pero era humano. Pensé que había soñado.

En ese momento apareció en el comedor Vilma. Venía envuelta en una bata de levantarse de fina seda color lavanda que parecía flotar a su paso. Seguía muy pálida y ojerosa.

—¿Han visto a mi marido? —preguntó, mirando hacia todos lados—. Acabo de despertar y su cama está intacta.

—¡No lo hemos visto por acá! —respondió Matilde.

—¿No habrá salido a caminar? —dijo Emilia, por decir algo.

—¿Con esta lluvia? —rio Diego.

—¿Usted no lo ha visto, Sara? —preguntó Vilma.

La respuesta de Sara, que solo negó con la cabeza, fue acompañada por el ruido del lechero contra una taza que Pola pasó a llevar derramando su contenido sobre el mantel.

—¡Perdón! —se excusó, cubriendo agitadamente el estropicio con una servilleta—. ¡Iré a buscar un paño!

Cuando Pola desapareció, Sara dio explicaciones.

—Pola dice que anoche se desveló. De ahí su torpeza.

—No tiene importancia, Sara —respondió Adrián, sin apartar su mirada de Vilma, que parecía un fantasma tembloroso envuelto en color lavanda.

—Necesito saber dónde está Aparicio —volvió a decir Vilma, dando vueltas por el salón.

—¿Seguro, Vilma, que no durmió contigo? —preguntó Adrián, extrañado.

—¡Cómo no voy a estar segura! —respondió Vilma, restregando su manos con nerviosismo y mirando a su alrededor.

—Vilma, tu marido no está en los ceniceros, ni en la alfombra ni debajo del sillón —largó el Poroto su inefable comentario.

—En la hostería no está, a menos que esté escondido —aseguró Sara.

—Tiene que haber salido —dijo Juaco.

—¡Es que don Aparicio es muy choro! —dijo el Poroto—. Él es capaz de desaparecer en el aire si quiere.

La mirada furiosa del padre no alteró en lo más mínimo el gesto irónico del hijo.

—¡Cómo puedes reírte de algo así! —gritó Vilma, histérica, caminando hacia la mesa.

—¿No habrá bajado a la playa? —preguntó Matilde.

—¿A la playa? ¿Y de noche? ¿Y con este tiempo? —las preguntas de Vilma se sucedían.

Emilia, que estaba sentada enfrentando los ventanales y miraba la lluvia que seguía cayendo inconmovible, vio que en el suelo de la terraza estaba la botella de licor de oro que Aparicio tenía en su mano la noche anterior. “Se la bebió enterita, con razón hablaba solo”, pensó.

—¿No se habrá quedado dormido en un rincón de la terraza? —y el dedo de la muchacha mostró la botella vacía.

—Pola es la encargada del aseo, pero anda con la cabeza perdida este último tiempo. Van a tener que perdonar el desorden —se disculpó Sara. Luego dio una mirada reprobatoria a la sala, que mostraba los cojines floreados del sillón aplastados y algunas revistas desparramadas en el suelo.

—No se preocupe, Sara, yo la ayudaré a ordenar —se ofreció Emilia.

Adrián se puso de pie y con aire escéptico se encaminó hacia el ventanal. Diego lo siguió y Emilia, dejando para más tarde su ofrecimiento, los imitó.

Al abrir las grandes puertas, el aire fresco y el viento irrumpieron en la sala. Una vez afuera Diego las cerró rápidamente. Sin importarles la lluvia, los tres caminaron por la terraza.

—¡Aquí no hay nadie! —dijo Adrián.

Emilia se empinó sobre la baranda para mirar hacia abajo. La profusión de gotas hacía brillar las rocas oscuras y el viento abatía con fuerza los enormes mantos de nalcas y helechos. Y allí, entre lo verde y lo negro, la muchacha creyó percibir un aleteo rojo.

—¡Diego, acércate! —gritó y, mientras el agua corría por su cuello, su dedo indicó hacia abajo.

El joven observó el abismo poblado de piedras y sus ojos escudriñaron a través del agua que todo lo oscurecía. Luego de un instante, apretó la mano de Emilia y exclamó:

—¡¿No era roja la camisa de Aparicio?!

Emilia asintió con la cabeza.

Ambos muchachos se volvieron hacia Adrián.

—¡Mira… ! —dijo Emilia.

Adrián se inclinó también sobre la baranda.

—¿No ves nada extraño? —preguntó Diego.

—¿Dónde?

—Ahí, sobre la roca, al lado de las nalcas, eso rojo…

—¡Diablos! Parece…

—Parece… ¿qué? —preguntó Diego, mirándolo expectante.

—La camisa de Aparicio —sentenció Adrián, confirmando el temor de los muchachos.

11

QUE NADIE SE MUEVA

LA LLUVIA NO ARRECIABA y el agua seguía escurriendo por la cabeza y cuello de los que miraban hacia el precipicio.

—Hay que bajar —decidió Diego.

—¡Voy yo! —dictaminó Adrián—. No digan nada.

—Yo te acompaño —respondió Diego, decidido.

Los tres entraron a la sala y enfrentaron las miradas ansiosas.

—¡Están empapados! —exclamó Matilde.

Emilia trató de ser lo más natural posible y se adelantó a decir:

—En la terraza no hay nadie. Saldremos a buscar afuera.

—¿Afuera? —dijo Vilma—. ¡Si Aparicio ni siquiera trajo su capa de agua!

—Tiene que ser afuera, porque si no está adentro… —intervino el Poroto —. ¡Afuera, y bien mojadito! —terminó con sorna.

A nadie le hizo gracia el comentario y se lo hicieron notar con un silencio elocuente. Emilia anunció:

—Iré por mi parca.

Diego reaccionó:

—¡No! Tú esperas aquí.

—Ni-lo-sue-ñes —respondió ella, modulando con exageración.

Se escuchaba a Pola dialogar con su hijo en la cocina. Era una letanía interrumpida por gritos y chillidos. En el comedor, Sara levantaba las tazas del desayuno en un mutismo absoluto y el tamborileo de los dedos de Juaco sobre la mesa ponía a todos más nerviosos. El Poroto, con una sonrisa displicente, se concentraba en limpiarse las uñas con un palito de fósforo. Matilde masajeaba el delgado y largo cuello de Vilma, que se dejaba hacer sentada en el sillón con los ojos cerrados.

Emilia, Diego y Adrián regresaron de sus habitaciones enfundados en sus parcas y capuchas y salieron por la puerta del Lucerna. Bajaron por la escalinata de madera, saltaron por sobre las cadenas y se internaron entre las nalcas mojadas y el terreno resbaladizo.

Emilia, que siempre decía que le encantaba pasear bajo la lluvia, esta vez sintió que la odiaba: el agua caía sin pausa desde un cielo cerrado por nubes espesas y oscuras dificultando su visión y su paso.

No les resultaba fácil caminar entre esos matorrales espinosos. Tenían que abrirse camino con manos y pies y el agua que saltaba de las hojas los empapaba aún más. Cada cierto tiempo levantaban la vista hacia la terraza del Lucerna para calcular la dirección que tenían que seguir. Aunque estaban empapados, la tensión los hacía sudar. Emilia hacía caso omiso de los resbalones y arañazos, obsesionada por esa camisa roja que tan solo la noche anterior había visto brillar bajo la luna en las espaldas de Aparicio y que ahora habían creído reconocer entre las rocas del acantilado.

Recorrieron el último tramo en el más absoluto silencio. O porque los pájaros no cantan bajo la lluvia o porque el ruido del mar ya no se escuchaba, lo único audible era el agua que caía del cielo con su música monocorde.

La baranda del Lucerna se había transformado en la brújula que los guiaba. Cuando ya estaban a unos pasos del lugar, el corazón de Emilia comenzó a latir con fuerza. ¿Sería Aparicio?

Tres pasos más y de pronto, entre hojas y peñascos, brilló el rojo de la camisa. Se acercaron más y reconocieron el cuerpo de Aparicio. Su cara estaba enterrada en el barro y el cuerpo aplastaba su brazo izquierdo. El otro brazo estaba extendido sobre una nalca y la mano empuñaba el pie de una copa quebrada.

Adrián se acercó y puso sus dedos sobre el cuello rígido.

—¡Está muerto!

El rostro pálido de Vilma mostraba ahora un rictus de sufrimiento tal que parecía estar a punto de lanzar un aullido o un último suspiro. Matilde no dejaba de acariciarle el rostro, mientras musitaba a su oído palabras de consuelo.

En la cocina Sara y Pola conversaban en voz baja. En un momento, una de las voces se agudizó, y todos pudieron escuchar el grito:

—¡No me pidas que me tranquilice! ¡Hasta cuándoooo… !

Luego sobrevino el silencio. Después un portazo. Sara salió de la cocina con el rostro hierático.

Afuera el viento, como si quisiera plegarse al duelo, decidió concederles una tregua y sopló con fuerza desde el sur para alejar las nubes. El sol se asomó con ganas y sin que ya nada impidiera el paso de la luz, cientos de gotas enjoyaron el verde de Isla Tranqui.

—¡Al fin dejó de caer esta lluvia endemoniada! En cuanto abran el puerto nos largamos de aquí, viejo —dijo el Poroto, abriendo nuevamente los ventanales de la terraza.

En ese momento, un ruido atronador anunció que el helicóptero de la policía alertada por Diego ya se alejaba del lugar.

—Se llevan el cuerpo —comentó Adrián, con voz grave.

—¿Por qué se lo llevan? —clamó Vilma—. ¡Yo lo quería ver, Matilde!

—Es mejor así, Vilma —intervino Emilia, que tiritaba de impresión y de frío—. Más vale que lo recuerdes como era y no como lo encontramos.

—¡Yo sabía, yo sabía que me estaban haciendo un mal! Primero trataron de envenenarme y ahora muere Aparicio. ¿Por qué? —Sus manos, enfundadas en los bolsillos de su bata dibujaron a través de la seda la tensión de sus huesos.

—Tranquila, Vilma, tranquila —dijo Matilde, con suavidad.

De súbito, la viuda se incorporó como tocada por una revelación. Sus dedos se hundieron en el brazo de Matilde.

—¿No habrá sido suicidio?

—¡Vilma, qué cosas dices! Fue un accidente. Aparicio anoche se sobrepasó con la bebida —dijo Diego.

—Sí, verdaderamente bebió demasiado —corroboró Emilia, pensativa, mirando hacia la alta balaustrada de la terraza, mientras un cúmulo de preguntas se agolpaban en su mente.

—¡El pobre tenía tantas preocupaciones!… —Y Vilma, por primera vez, buscó a Sara con la vista y fijó con dureza sus ojos en ella.

Sara, de pie como una estatua junto a la mesa del bar, hizo caso omiso de la muda acusación de la viuda y mantuvo su silencio. La estridente campanilla del teléfono la sobresaltó y se apresuró en responder.

—Hostería Lucerna… Diga… ¿Sí?… Sí, están todos aquí… ¿Cuándo?… Yo no sé si eso será posible… Bueno, sí, entiendo. Lo comunicaré. De nada.

La atención de todos se había concentrado en Sara. Cuando la mujer colgó el auricular, la pregunta flotaba en el aire sin necesidad de palabras.

—Era un tal Santelices de la Brigada de Homicidios. Anunció que el helicóptero lo traerá de vuelta en un par de horas. Dice que nadie se mueva de aquí.

—¡¿Santelices?! —exclamó Emilia, mirando a Diego con los ojos enormes.

—¿Lo conoces? —preguntó Adrián de inmediato.

—Sí.

—¿Lo conoces, en serio? —El Poroto frunció el ceño.

—Diego y yo, misterios mediante, nos hemos encontrado varias veces con el inspector —fue la enigmática respuesta de Emilia.

—¿Misterios mediante? ¡Pscch! Ni que fuera una película. Lo que es yo, me mando a cambiar ahora mismo.

—No puedes, Poroto. ¿No escuchaste las órdenes del inspector? —intervino Juaco.

—¿Órdenes, a nosotros?

—Si te vas, la policía te detendrá por sospechoso —siguió Diego.

—¿Sospechoso de qué? —El Poroto levantó la cabeza con un gesto desafiante.

—De lo que no sabemos… o de nada —siguió Diego—. Siempre en los casos de muerte violenta se hace una autopsia y si es necesario la policía investiga.

—¿Autopsia? —El Poroto se extrañó—. La autopsia solo puede probar que estaba lleno de alcohol. ¿Y…?

—También puede probar la hora de la muerte —respondió Emilia.

—¿Y qué importa a qué hora se murió?

—En ciertos casos, mucho.

El Poroto refunfuñó algo ininteligible, abrió las puertas de la terraza y salió al exterior. La brisa entró a la sala derramando aromas recién nacidos de la tierra.

Por un instante los rostros se relajaron y Sara, con las manos algo temblorosas, ofreció café.

—¿Sería posible un cortito? —preguntó el Poroto, desde afuera, imitando la medida de un vaso pequeño entre el pulgar y el índice.

—¿A esta hora y en este momento se te ocurre beber alcohol? Mejor sería que te callaras. ¡Cuándo te vas a ubicar, hijo, por Dios! —la voz de Juaco sonó fuerte e imperativa.

El Poroto se encogió de hombros.

Juaco se acercó con timidez a Vilma y le dijo a media voz:

—Señora, créame, lo siento mucho.

Vilma no respondió.

Se abrió la puerta de la cocina y Pola, con su niño en brazos, anunció a Sara con brusquedad:

—Ya está hirviendo la olla. Llevaré a Monchito a tomar aire.

Sara asintió y siguió a su protegida con expresión preocupada.

Al ver a Pola con el niño que se acurrucaba en su regazo como un animalito indefenso, Emilia se preguntó qué estaría sintiendo esa mujer ante la muerte del padre de su hijo. Ese grito que se había escuchado hacía poco en la cocina, era de dolor. Pero los ojos de Pola seguían expresando rabia y su voz continuaba desafiante.

Vilma, en tanto, movía sus labios sin emitir sonido; su mano derecha acariciaba en forma mecánica su argolla matrimonial.

—Sara, ¿tiene alguna hierba tranquilizante? —preguntó Matilde.

—Sí, en la cocina hay muchas.

—No, no quiero nada, no podría tragar ni agua —dijo Vilma.

Adrián se encuclilló a su lado y mirándola a los ojos le dijo con voz trémula:

—Vilma, no estás sola… Sabes que no estás sola…

—Tengo mucho miedo, Adrián —susurró la mujer.

El silencio se volvió a apoderar de la sala. Ahora el Poroto se comía concienzudamente la uña del meñique derecho; Juaco se frotaba el mentón sin afeitar, mirando hacia el techo; Adrián caminó hacia la terraza y encendió un cigarrillo; Matilde metió la mano con precisión en su bolso y la sacó con una vela lila. Con un gesto preguntó a Sara y esta avanzó hacia el mesón del bar y volvió con una palmatoria de greda. Cuando Matilde la encendió, un olor a lavanda se esparció por el aire.

—Esto nos va a tranquilizar a todos —explicó la tía de Diego. Cerró los ojos e inspiró fuerte y lento.

Vilma se puso de pie y anunció que iría a vestirse.

12

BIENVENIDO, INSPECTOR SANTELICES

UNOS TALLARINES CON ALBAHACA, queso y aceite de oliva fue el rápido almuerzo improvisado por Sara. Vilma fue la única que no quiso comer y permaneció en su cuarto hasta pasadas las cinco de la tarde, cuando todos se reunieron nuevamente junto a la mesa a tomar un café.

Emilia salió a la terraza atraída por el piar de los pájaros. Esta vez no eran los grises diucones, sino unos pid-pid, cuyas pequeñas gargantas dejaban escapar unos potentes gorjeos operáticos. La muchacha sonrió. "Quédate un día más y vas a creer cualquier cosa", le había dicho Juaco al día siguiente de su llegada. ¿Qué nueva traerían esos pajaritos?

El ruido de las hélices espantó a las aves. Y no pasó mucho rato antes de que Emilia divisara un sombrero negro aparecer y desaparecer entre los arbustos del sendero que subía al Lucerna.

El fuerte sonido de la aldaba de hierro sobresaltó a los que estaban en el salón y dispersó a los pájaros que aún revoloteaban por lo alto. Emilia entró apresuradamente a la sala.

Cuando el macizo y moreno inspector Santelices de la Brigada de Homicidios dio las buenas tardes con voz de barítono, todos respondieron como alumnos respetuosos saludando a un profesor severo.

Emilia se adelantó, seguida de Sara.

—¿Se acuerda de mí? —sonrió la muchacha, extendiendo su mano—. Ella es la dueña de la hostería —agregó, presentando a la mujer que a pesar de su gruesa contextura se veía encogida.

—¿Cómo está, señora? —saludó el recién llegado. Y luego, dirigiéndose a Emilia, siguió—: ¡Cómo no me voy a acordar de ti, chiquilla, si por tres veces has sido mi gran ayudante junto a… —El inspector se detuvo y señaló al rubio Diego, que unos pasos más atrás lo miraba sonriente.

—A Diego —le recordó ella—. Y yo, por si acaso, soy Emilia Casazul.

—¡Claro, Diego y Emilia! —exclamó. Y luego se enfrentó al grupo que lo observaba en silencio—: ¡Buenas tardes, señores! ¿Está aquí la viuda?

Como si la palabra viuda hubiera convocado a dos mujeres, aparecieron casi al unísono Pola, por la puerta de la cocina, y Vilma, por el pasillo.

Cuando Santelices enarcaba las cejas esperando una respuesta que no llegaba, Pola alzó la barbilla y mostró a su rival.

—Yo soy la madre de su hijo y ella es la viuda.

Santelices no demoró ni un segundo en reaccionar.

—Mi sentido pésame, señoras.

Emilia, sorprendida con la intervención de Pola, miró a Vilma, que caminaba hacia al inspector.

—Le agradezco su presencia, inspector, porque… —pero la mujer no supo terminar la frase y buscó una silla. Adrián se acercó a ella y la condujo hacia el comedor.

Ni una mosca volaba. Uno a uno se fueron ubicando en torno a la mesa y Santelices tomó posesión de la cabecera. Miró a su auditorio con una sonrisa cortés y luego de una carraspera de rigor, comenzó a hablar.

—Primero que todo debo decirles que la autopsia efectuada hace algunas horas revela que Aparicio Retamales murió como resultado de un impacto violento. Se estableció también que antes de morir había ingerido una gran cantidad de alcohol. La data de muerte se fijó hacia las tres de la madrugada. Mi presencia aquí forma parte de la rutina para probar o descartar un accidente, un suicidio o un homicidio; deberé, por lo tanto, realizar una inspección del lugar y hacer algunas preguntas a cada uno.

—¿Homicidio? —la exclamación de sorpresa brotó de varias gargantas.

—¡No se alteren! Lo más probable es que sea un accidente. Pero debo confirmarlo, es lo habitual en estos casos —los tranquilizó Santelices. E inmediatamente agregó—: ¿Puedo ver el lugar desde donde cayó?

Todas las cabezas se volvieron hacia la terraza. El cielo otra vez se estaba oscureciendo y el viento había cambiado a norte. El inspector Santelices salió al exterior. Dio unos pasos, se apoyó con las dos manos en la baranda y se puso en punta de pies para mirar hacia abajo.

—Vaya, vaya… —murmuró.

Emilia y Diego, que lo habían seguido, no perdían detalle de sus gestos y reacciones.

—Esto no me lo esperaba.

Santelices, con su mano en alto, midió desde la baranda hasta algo más abajo de su pecho.

—Es raro, ¿verdad? —dijo Emilia.

—Veo que tú ya tienes algunas ideas… —el inspector la miró de soslayo.

—Algunas.

—Ustedes encontraron el cuerpo, ¿no?

—Sí, junto con Adrián —respondió Diego, indicando al antropólogo, que en esos momentos se acercaba.

—¿Qué murmuran? —preguntó el recién llegado.

—No es fácil saltar desde aquí —comentó el inspector—. Esta baranda es más alta que lo habitual.

—Quizá la hicieron así para proteger al niño —elucubró Emilia.

—Para proteger a cualquiera: ¡abajo hay rocas! —puntualizó Diego.

—Pero si un hombre decide saltar, lo puede hacer —adujo Adrián—. ¡No es algo imposible!

—Mmm —murmuró Santelices, regresando a la sala.

El resto de los presentes no se había movido de su sitio. El inspector tomó asiento y lo mismo hicieron los tres que lo seguían.

—Me preocupa un asunto de dimensiones y factibilidades —dijo, mirando a la concurrencia que lo escuchaba en religioso silencio—. Acabo de comprobar que si yo, que soy alto, quisiera saltar desde ese balcón, necesitaría a lo menos la ayuda de mis dos manos.

—¿Y? —preguntó Matilde.

—El occiso solamente pudo ocupar una.

—¿Una? ¡Si no era manco! —intervino el Poroto con su habitual desfachatez.

—El cadáver llegó a la morgue con el pie de una copa aún aferrada a su mano derecha —respondió Santelices, mirando fijo al Poroto—. ¿Se da cuenta, joven, de lo que eso significa?

—Que no quiso soltar la copa.

—Significa —continuó el inspector— que para encaramarse en la balaustrada con una copa en la mano tiene que haber recibido ayuda, considerando además que era un hombre bajo.

—¿Ayuda? —la voz de Juaco sonó alarmada.

—¿Un empujoncito? —continuó el Poroto.

—¡Pero un borracho puede hacer cualquier cosa! —intervino Adrián.

—Cualquier cosa menos levitar —respondió Santelices.

—Inspector, no creo que sea el momento para ironías. Y menos frente a la viuda —reclamó Adrián.

—Las verdades a veces suenan a ironía —fue la inmediata respuesta del policía—. Me disculpo si ofendí a alguien.

—¡Es que usted no puede estar insinuando que lo empujaron, sin tener pruebas! —intervino Sara.

—Tiene toda la razón, doña Sara —la apoyó Juaco—. ¡Usted, señor, no puede lanzar esa acusación a los dos minutos de haber llegado!

—A ver, inspector, menos rodeos. ¿De qué nos está acusando? —lanzó Adrián.

—¡De asesinato! —La voz de Pola cayó como una bomba.

—¡Calla! —gritó Sara, con su rostro de luna llena descompuesto.

—¡¿Qué están diciendo?! —Las manos de Vilma remecieron a Matilde.

—Tranquila, mi niña —fue la respuesta rápida de una Matilde muy seria.

Diego y Emilia ni respiraban. Lo que se vislumbraba venir no era grato.

Eugenio Santelices permanecía inmutable.

La lluvia, eterna acompañante de la Isla Grande, había vuelto con fuerza. La oscuridad comenzó a invadir el afuera y el adentro. La mano temblorosa de Sara encendió las luces. Cuando un silencio pesado se apoderó al fin de la sala, el inspector, como respuesta a los reclamos, declaró en un tono que sonó definitivo:

—Señores, mi próxima tarea es interrogar a cada uno por separado. Y como ya es muy tarde y todavía tengo que comprobar algunas cosas, mi encuesta quedará para mañana en la mañana…

Santelices miró hacia el exterior y al ver que la lluvia arreciaba, agregó:

—Seguramente el puerto sigue cerrado, por lo que no estoy demorando a nadie. Y dirigiéndose a la dueña de la hostería, concluyó—: Señora, le pido hospedaje por esta noche.

—Inspector, solo dispongo de una habitación en el ala que está en construcción. Si no le importa el olor a pintura…

—No se preocupe, estaré bien.

Sara anunció que iría a preparar la comida y Emilia le ofreció ayuda. Pola ya estaba en la cocina lavando unas lechugas y a los pocos minutos entró el Poroto pidiendo algo para beber. Como si se hubieran puesto de acuerdo, tras él entró Adrián buscando fósforos y Vilma, que lo seguía como un perrito. Por último llegó Juaco, preguntando si alguien tenía una aspirina.

—¡Vaya reunión! —dijo Diego, entrando a su vez—. Me dejaron solo en la sala.

Como si el calor de la cocina fuera un manto acogedor, el ambiente se relajó por un rato. El Poroto se sentó sobre un mesón y observando a Pola que cogía dos frascos con hierbas, bromeó:

—Polita, ¿por qué no nos prepara a todos una infusión con malicia?

Algunos rieron, otros no. Pola, con toda calma, eligió tres hojitas verdes de uno de los frascos y las últimas tres blancas que había en otro y las dejó caer en un tazón lleno de agua hirviendo que luego tapó con una servilleta.

—¡Cuidado, niña, con esos pétalos de chamico! —advirtió de inmediato Matilde—. ¡No te vayas a volar!

—No se preocupe, solo quiero dormir profundamente —respondió Pola, desanimada.

—Déjela. ¿Quién más que yo podría entender sus ganas de dormir y dormir? —la voz de Vilma nació en medio de un suspiro entrecortado.

—¿Chamico? ¡Yo también necesito relajarme! ¿Por qué no me convida de su chamico, Polita? —intervino el Poroto.

La interpelada ni siquiera respondió.

La improvisada reunión en la cocina fue interrumpida por un ruido en la ventana. Todos volvieron la cabeza y pudieron ver unas alas oscuras golpeteando los vidrios y los ojos amarillos de un pájaro que los miraba con fijeza.

13

UN BRUJO EN LA VENTANA

LA SORPRESA LOS MANTUVO, un tiempo, hipnotizados. El pájaro seguía ahí afuera, aleteando en la oscuridad y suspendido en el aire. Todo en él era una amenaza: desde sus enormes ojos redondos y amarillos hasta el triángulo de plumas que separaba en dos su cabeza y caía sobre su pico de garfio.

—¿Y ese pajarraco horrible? —preguntó finalmente Diego.

—¡Es un búho! —exclamó Sara.

—¿Y qué hace ahí? ¡Échenlo! ¡Échenlo! —gritó Vilma.

Emilia miró hacia todos lados buscando la piedra del mortero. Si la hubiera encontrado, la habría lanzado sin más contra el vidrio, harta ya de tanto pájaro de mal agüero.

Matilde se acercó lentamente a la ventana. El pájaro no se movió. Frente a frente, separados por el cristal, la mujer y el búho se miraron desafiantes. Era como si mantuvieran una conversación silenciosa. De pronto, Matilde hizo un movimiento enérgico alzando los brazos, y el pájaro, luego de un largo ulular, se confundió con la noche y desapareció.

—¡Que pájaro más tétrico! —dijo Emilia con un estremecimiento.

Matilde se volteó. Estaba muy pálida.

—No es un búho —dijo—, es un brujo.

El inspector, que había entrado en silencio y estaba junto a la puerta, preguntó:

—¿Brujo, dónde hay un brujo?

—Ya no está, inspector —respondió Matilde—. ¡Voló!

—¿Así?

El inspector imitó un aleteo con sus manos.

Emilia y Diego se miraron, a la tía no le iba a gustar nada el tono burlón de Santelices.

—¡Esto no es broma, inspector! —replicó de inmediato la mujer, corroborando lo que pensaron los muchachos—. Ese búho ya ha hecho mucho daño y seguirá haciéndolo si no le ponemos atajo, porque no es un búho, sino un brujo.

—Un brujo… —comenzó Diego, moviendo la cabeza, incrédulo.

Vilma se había acercado a Matilde y temblaba visiblemente. La mujer la abrazó, protectora.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Emilia con tanta naturalidad que Diego frunció el ceño, extrañado.

—Acudir a la magia blanca —respondió la tía.

—¿Y eso cómo se hace, señora? —preguntó el inspector en un tono que no se sabía si era burla o curiosidad.

—Sepa usted, inspector, que contra siete males hay siete virtudes. Por el momento, quemaré ruda para proteger el lugar —afirmó Matilde, con autoridad. Luego preguntó—: Sara, ¿hay ruda en tu jardín?

—Tuve, pero se secó.

—Eso es malo, muy malo —se quedó pensando y luego dictaminó—: Todos deben ponerse una prenda de ropa al revés. Y dio el ejemplo al volver al revés el chal que la arrebujaba.

Vilma obedeció la primera, se sacó el chaleco y se lo puso por el reverso. Juaco y el Poroto, imperturbables, se quitaron uno el polerón y el otro la parca, y la imitaron. Pola se levantó de hombros, cogió su tazón y salió de la cocina, mientras Sara daba vuelta el delantal que tenía anudado a la cintura. Adrián, con una semisonrisa, pasó por la cabeza su suéter negro, repitiendo en cantinela "yo no creo en brujos, caray; pero de que los hay, los hay".

Diego, Emilia y el inspector, que se habían alejado del grupo y conversaban en voz baja junto al refrigerador, eran los únicos que habían hecho caso omiso a las indicaciones para alejar el maleficio.

Matilde los miró y dijo, muy seria:

—El escepticismo no es bueno en estos casos. Necesitamos un contra.

La mujer cogió un salero del mesón y acercándose a los escépticos les lanzó sal como quien rocía con agua bendita.

Los tres, pillados de sorpresa, solo atinaron a pestañear.

Esa noche la cena fue frugal y rápida, pues nadie tenía muchas ganas ni de comer ni de hablar. La luna de ese cielo tan cambiante asomó tras los nubarrones y alumbró con su luz fría la terraza del Lucerna. Los huéspedes

fueron desapareciendo poco a poco de la sala y el lugar quedó en completo silencio.

—Matilde, aunque no crea, estoy muy impactada con lo que dijo del pájaro —opinó Emilia.

—Y yo estoy preocupada porque hicieron caso omiso a mi advertencia.

—¿Eso de ponerse la ropa al revés? Tiene que darnos tiempo para acostumbrarnos a lo que para usted es natural. Respeto sus creencias, pero también tiene que entender que este mundo de la magia es nuevo para nosotros.

—Espero que la sal los proteja —dijo la mujer, metiéndose a la cama y cubriéndose hasta el cuello—. En todo caso, mañana a primera hora saldré a buscar ramas de canelo para poner ante cada puerta.

—¿Qué es lo que teme, Matilde?

—No quiero que se repita lo de Aparicio. Le he dado muy poca importancia a los síntomas de la pobre Vilma. Pero ahora ese brujo emplumado que anuncia una nueva desgracia, me ha remecido.

—Tranquilícese, Matilde, nada va a pasar —dijo Emilia, sin mucha convicción. Aunque no quería reconocerlo, las palabras de la mujer hacían eco en su mente y ya estaba por creer lo que nunca antes habría creído.

Pensó haber dormido mucho rato cuando el llanto de Monchito la despertó. Oyó ruidos en el pasillo. En un impulso se levantó a mirar. Entreabrió la puerta en silencio y se asomó. Del dormitorio, al fondo del pasillo, venía saliendo Sara con el niño en brazos. Los berridos eran tan fuertes que varias cabezas se asomaron a sus puertas. Emilia caminó hacia Sara, para ofrecer su ayuda.

—Yo creo que a Pola se le pasó la mano con sus hierbitas, ni siquiera escucha los llantos del niño — dijo, molesta—. Tendré que llevarlo a dormir conmigo.

Emilia volvió a su cama, pero no pudo conciliar el sueño. Las imágenes y los acontecimientos se sucedían en su mente. Se puso de lado, boca abajo, cubrió su cabeza con la almohada y hasta contó ovejas. Pero las ovejas se transformaban en búhos y los búhos en brujos voladores. Y el sueño no venía. Pasaron diez minutos, veinte y también una hora sin que se atreviera a encender la luz para leer, por miedo a despertar a Matilde. ¿Y si iba a la cocina y se preparaba un poco de agua con esas hierbas que habían hecho dormir a Pola? Pero definitivamente esa noche su valentía se había batido en retirada. Sentía tiritones de solo pensar en la ventana de la cocina y en

ese fantasma emplumado de mirada hipnótica. Siguió en su cama, dándose vueltas y vueltas. Y en una de esas vueltas, al fin se quedó dormida.

14

GRITOS AL AMANECER

AÚN NO APARECÍA EL SOL cuando los gritos de Sara hicieron salir a los huéspedes de sus habitaciones en pijamas y batas.

—¡Está muerta! ¡Está muerta allá abajo! ¡Está muerta!

La mujer, con Monchito en brazos, era una verdadera loca que corría en el pasillo de un extremo a otro.

—¿Quién está muerta? —gritó el Poroto, saliendo abruptamente de su cuarto, en calzoncillos y a pie pelado.

—¡Dios mío! —exclamó Matilde y se abalanzó a rescatar al niño de los brazos de Sara, que en su histerismo lo apretaba haciéndolo berrear como a un ternero.

Sara, con su largo pelo desgreñado sobre los hombros y cubierta con la colcha de su cama, le recordó a Emilia a un náufrago recién rescatado.

—¿Qué? ¿Qué sucede ahora?

Vilma, con unas ojeras oscuras y los ojos enrojecidos, se aferró a la manga del pijama arrugado de Adrián y se quedó inmóvil junto a él. Su elegante bata de seda, que el día anterior flotaba vaporosa, ahora se veía lacia y tenía un bolsillo descosido.

—¡Allá, allá está, entre las plantas, igual que el otro! —exclamó Sara, indicando hacia la sala.

Emilia sintió un vuelco en el corazón.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Juaco.

—¡Voy en busca del inspector! —dijo Diego y partió corriendo hacia el ala en construcción—. Emilia, reúnelos en la sala.

Los huéspedes entraron al salón con pasos lentos, mirando con recelo los enormes ventanales abiertos de par en par. Afuera la neblina se deshacía como humo emergiendo de fogatas. Los pasos de Santelices arrastrando los

pies al caminar se hicieron presente en pocos minutos. El inspector no se había alcanzado a poner calcetines ni zapatos y las galochas le nadaban en sus pies delgados y huesudos.

La dueña de la hostería se había desplomado sobre una silla y emitía pequeños gemidos.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó el inspector.

—Allá —el dedo de Sara mostró la terraza.

El inspector enarcó las cejas y caminó hacia el balcón. Salvo Sara, todos lo siguieron. Pero él los detuvo con un gesto:

—Esperen aquí.

Obedecieron como rebaño domesticado. Solamente Emilia hizo de oveja descarriada y se deslizó tras él. Llegaron juntos a la baranda y miraron hacia el fondo de la quebrada. El cuerpo de Pola, con los brazos en cruz, yacía de bruces sobre la fronda dorada de los espinillos. De tanto en tanto, el ruedo de su camisón de dormir blanco se movía con las ráfagas de viento.

El bufido de Santelices fue seguido por una exclamación entrecortada de Emilia. De inmediato el inspector sacó el celular del bolsillo del impermeable que usaba como bata de levantarse y con dedo torpe marcó unos números.

—Bajaré de inmediato. Puede estar viva —dijo a Emilia, luego de dar unas órdenes por el teléfono.

—Lo acompañamos —intervinieron a coro Emilia y Diego, que ya estaba con ellos.

—Se los iba a pedir. Cúbranse antes de bajar.

Adrián, Juaco y el Poroto se habían acercado también a la baranda y miraban hacia abajo en total mudez. Vilma, Sara y Matilde, aún con el niño en brazos, se habían detenido unos pasos más atrás.

—Me voy a vestir —dijo el Poroto, con un escalofrío.

Su padre lo siguió. Adrián se quedó junto a Vilma, diciéndole algo al oído. Ella asentía con la cabeza.

Emilia, Diego y Santelices, sin perder un minuto, se pusieron las parcas sobre los pijamas y salieron por la puerta principal.

Como si la pesadilla desencadenada no fuera a tener fin, los truenos iniciaron su toque fúnebre, las nubes oscurecieron más el día y una lluvia fina comenzó a caer.

“¡Por segunda vez la muerte rondaba en el abismo!”, pensó Emilia, mientras caminaban nuevamente entre las yerbas mojadas, pisando ramas,

saltando obstáculos y el agua sobre ellos.

Vista desde la terraza, Pola parecía estar suspendida sobre altas copas. Pero al llegar al lugar la perspectiva cambió: la densa masa de espinillos era baja y la mujer estaba al alcance de sus manos, inmóvil y de bruces sobre la fronda que sostenía con firmeza su cuerpo menudo. Un hilillo de sangre seca marcaba un camino que nacía en la nuca y bajaba por el cuello hasta perderse bajo el camisón.

Emilia rogó que estuviera viva.

Los brazos de Eugenio Santelices indicaron a los muchachos que no se acercaran. Se adelantó y su mano, igual que había hecho Adrián con Aparicio, buscó el pulso en el cuello de la camarera. Finalmente se volvió hacia Diego y Emilia, y negó con la cabeza.

El gesto del inspector fue seguido por el ruido de hélices que zumbó otra vez sobre la quebrada.

—Ahí viene el forense —dijo el detective, mirando hacia arriba.

El pájaro metálico se posó sobre la pequeña explanada de tierra que enfrentaba a la hostería y de él bajaron tres hombres. Dos de ellos portaban una angarilla cubierta con un plástico grueso y negro.

La noticia, aunque ya se esperaba, provocó entre los huéspedes del Lucerna distintas reacciones. Emilia los estudió en silencio: ahí estaba Vilma, la reciente viuda, arrebujada en un chal de lana y hundida en el sofá floreado. Juaco y el Poroto, sentados uno al lado del otro, por primera vez parecían padre e hijo fuera de toda discordia. Adrián fumaba un cigarrillo tras otro, sin importarle lanzar humo a diestra y siniestra. Sara, la anfitriona diligente y efectiva, se había transformado en una autómata que se dejaba conducir; ahora era una sombra tras Matilde camino a la cocina. Emilia, Diego y el inspector las siguieron en busca de algo caliente para beber, porque pese a que se habían cambiado de ropa, seguían congelados. Matilde había tomado las riendas del Lucerna como si el manejo de una hostería hubiera sido su ocupación de siempre: abrió puertas y rebuscó en los anaqueles hasta dar con un frasco transparente lleno de hojas, que olió antes de usar.

—¡Son las que bebía Polita! —sollozó Sara.

—Es alcacheo —dijo Emilia, reconociendo las hojas largas.

No demoró Matilde en preparar un gran jarro de infusión que inundó la cocina con aromas silvestres. Sirvió a cada uno un tazón humeante. El

inspector, pese a que esperaba un café y no una agüita, recibió su ración sin chistar.

—La hice bien cargada; nos tranquilizará a todos —afirmó Matilde, muy segura.

—¿Y el niño? —preguntó de pronto Sara, con una mano en el corazón.

—¡Pero, Sara, si tú lo enviaste a casa de la cocinera! —respondió Matilde, comprensiva.

—¡Ay, verdad! ¡Qué mal estoy!

Emilia, entre sorbo y sorbo, contemplaba el verde oscuro que llenaba su tazón. Y sin proponérselo descubrió algo que no hacía mucho había llamado su atención sin poder identificar.

La voz del inspector la sacó de sus cavilaciones.

—Siento mucho lo de su hija, señora.

—No era mi hija, inspector, pero la acogí cuando era jovencita —respondió la mujer, en tono ausente.

—¿Podría llevarme a la pieza de Pola?

Sara se estremeció y sus ojos se perdieron en la ventana.

—Perdone que la moleste en este momento, pero es necesario.

—Perdone la intromisión, inspector —intervino Matilde—, pero hay algo que debe saber: en estos parajes existe el mal a distancia. Lo he comprobado. Sé que para usted es difícil aceptarlo, pero le aseguro que estas muertes fueron anunciadas por señales. Y tengo mucho miedo de que otra desgracia siga a estas dos.

El inspector mantuvo por unos instantes sus cejas en alto, como si estuviera escuchando un idioma que no entendía.

—Ya me hablará de todo eso cuando la interrogue. Por el momento hay que esperar el nuevo informe del forense —respondió Santelices. Y luego de beber de un trago el resto de su infusión, agregó—: Apenas sepamos la causa exacta de la muerte, comenzaré con los interrogatorios. Ahora debo ver el dormitorio de la difunta.

—Yo lo llevo, inspector, si es que doña Sara me lo permite —dijo Emilia.

Sara asintió con la cabeza.

Diego, Emilia y el inspector abandonaron la cocina hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones.

El Lucerna permanecía tan silencioso que se hubiera dicho que estaba deshabitado.

15

AHORA LO HAGO POR MÍ

LA HABITACIÓN DE POLA era pequeña y pulcra como ella. No había adornos, ni cuadros en las paredes, salvo una foto de Monchito sentado en la arena y con un balde en sus manos. En esa sobriedad casi monacal, la cama deshecha parecía fuera de lugar. Y sobre el velador, junto a un tazón vacío, un papel doblado y arrugado les llamó la atención. Santelices lo cogió, lo estiró y lo acercó a su nariz. Luego leyó en silencio. Emilia estiró el cuello sin disimulo y alcanzó a ver de cerca la letra pequeña y ordenada, escrita con lápiz a pasta.

Santelices leyó en voz alta:

—"Primero lo hice por mi hijo. Ahora lo hago por mí. Ya no".

—Ya no… ¿qué? —preguntó Diego.

—Hasta ahí llega la nota —respondió el inspector.

—¿No quiso seguir escribiendo o no alcanzó a terminar de escribir? —preguntó Emilia.

—¿Qué hizo primero? ¿Mató a Aparicio y luego se suicidó? ¿Es eso lo que estoy entendiendo? —siguió Diego, impresionado.

—Eso parece…, ¿no? —Emilia estaba tan impactada como su novio.

—Es muy temprano para decir algo —respondió el detective, rebuscando en su bolsillo. Sacó una pequeña bolsa plástica de bordes adheribles y depositó el papel en su interior.

—¿Puedo? —pidió Emilia, mirando la bolsita.

—¿Puedes qué, Emilia, si ya lo leíste?

—Yo también quiero oler.

Santelices miró a la muchacha con una semisonrisa.

—Huele, pero no toques —advirtió—. No hay que aumentar las huellas.

La nariz de Emilia se hundió como la de un perro sabueso en el interior de la bolsa. Su memoria olfativa buscó con afán y permaneció en silencio mientras el policía guardaba la bolsa en su impermeable.

—Volviendo a la muerte de Aparicio, ¿oyeron o vieron algo fuera de lo común la noche de su muerte?

La respuesta de Emilia brotó de inmediato. Le contó al inspector del grito que casi todos habían escuchado alrededor de las tres de la mañana y que según Matilde era de un pájaro; también le habló de la puerta entreabierta en la habitación de Juaco y del Poroto, que luego se cerró; le comentó de los zapatos, primero alineados frente a la puerta de Diego y Adrián y después desordenados; describió la figura borrosa de Aparicio en el balcón en medio de las sombras, completamente ebrio y balbuceando palabras tiernas; y por último se refirió al cuchicheo de dos personas en el pasillo, que terminó con el suave chasquido de puertas al cerrarse.

—¿Reconociste las voces?

—Traté de identificarlas, pero eran muy tenues. Lo que puedo asegurar es que eran un hombre y una mujer. Y por los carraspeos del hombre, me pareció que era Adrián.

—¿Y tú, Diego? —siguió el inspector.

—De todo lo que dice Emilia, yo solo coincido en el grito, que me despertó. A los pocos minutos sentí un ruido. Era Adrián, que se estaba metiendo a la cama y que se disculpó por haberme despertado.

—¿Dio alguna explicación?

—Me dijo que venía del baño.

—¿El baño está en la habitación?

—Sí.

—Pero tú no lo escuchaste ir al baño…

—No. Solo lo vi regresar a la cama.

—Gracias, muchachos. Ahora interrogaré a los demás —dijo Santelices. Guardó la libreta en que había hecho algunas anotaciones y caminó hacia la puerta:

—¿Vamos? —invitó.

—¿Podría estar presente en sus interrogatorios? —preguntó Emilia, antes de que el inspector se le escapara.

—¿Podríamos? —corrigió Diego.

El hombre pareció dudar.

—En algún escondite —siguió ella.

—Bueno, pueden.

Eugenio Santelices reunió nuevamente a los huéspedes en torno a la mesa del comedor. Se acercó a Sara, sacó el papel de la bolsa plástica y le preguntó:

—¿Reconoce esta letra?

—¡Es de Pola! —exclamó sin titubear.

—¿Tiene algún otro escrito de ella?

—Sí. La libreta con la lista de las compras de la semana —dijo la mujer, dirigiéndose a la cocina. Regresó de inmediato con un pequeño cuaderno forrado en papel de regalo.

Santelices lo abrió en cualquier página y comparó las letras. Observó concentrado durante un buen rato.

—Es su letra —dictaminó.

—Inspector, nos tiene en ascuas. ¿De qué se trata? —preguntó Matilde.

—Esta nota —explicó el hombre— la dejó Pola en su velador. —Y la leyó en voz alta.

—¿Entonces fue suicidio? —la voz de Vilma sonó trémula.

—¿Y ella es la asesina? —se espantó Juaco.

—¡Dios santo! —dijo Adrián.

—¡Por culpa tuya y de tu marido! —gritó Sara, histérica, apuntando a Vilma con el dedo.

Santelices intervino con voz firme:

—Entiendo su dolor, señora, pero es necesario que se calme. La verdad saldrá a luz, no le quepa duda.

A las dos de la tarde, todos comían sin ganas pan y queso, cuando el celular de Eugenio Santelices sonó en su bolsillo. Contestó de inmediato y escuchó atentamente. Sus únicas palabras fueron “aló” al inicio y “gracias” al final. Luego guardó con parsimonia el celular y declaró sin rodeos:

—Paulina López Meneses murió de un derrame producido por un golpe en la cabeza.

—Obvio. Si cayó desde el balcón —comentó el Poroto.

—Debido a la caída, tenía contusiones múltiples y un golpe en la sien. Pero hay indicios de que también habría recibido un golpe en la nuca antes de caer al precipicio.

—¡¿Qué?! —exclamó Adrián.

—¿O sea que se cayó dos veces? —siguió el Poroto.

—¡No entiendo nada! —dijo Juaco—. ¿Qué le pasaría por la mente a esa niñita para hacer una cosa así?

—Muchas cosas pasaban por la mente de Polita —respondió Sara con tristeza.

—Inspector, ¿por qué no nos aclara lo que dijo del golpe? —pidió Vilma.

—No hay nada que aclarar. Recibió un golpe en la nuca antes de caer al vacío —fue la escueta respuesta.

—¿Y cómo saben que fue antes? —preguntó el Poroto.

—Por la posición del cuerpo.

—¿Está seguro de lo que dice? —manifestó Adrián.

—Los peritos no se equivocan.

16

EL INTERROGATORIO

SENTADOS EN LA TINA DE BAÑO y con la cortina corrida, Emilia y Diego escuchaban las voces de Matilde y del inspector.

—Quiero que me diga todo lo que recuerde de las noches de los dos crímenes y que me hable de… ¿Cómo dijo usted? ¿Un mal a distancia?

—Exacto.

Emilia escuchó el fuerte suspiro de Matilde y hasta imaginó su rostro mirando el techo antes de comenzar a hablar.

—La noche en que murió Aparicio —dijo—, Emilia y yo nos despertamos con el graznido estridente del chihued, un pájaro de mal agüero.

—¿Está segura de que era el grito de un pájaro?

—Puedo equivocarme, pero todos los signos me dicen lo contrario.

—¿Signos? ¿Qué signos?

—Mire, inspector, hay varios pájaros que anuncian desgracias. Y hace días que tanto en la casa de Aparicio como aquí distintas aves agoreras nos han visitado. Por otra parte, Vilma ha sido blanco de maleficios.

—¿Maleficios?

—Sí. Se enfermó del susto. Tiene una sajadura en un brazo y ha sufrido varios desvanecimientos. El médico que acudió a verla diagnosticó una intoxicación, pero yo no estoy tan segura; ella tampoco, y yo le creo.

—¿Y usted piensa que se puede intoxicar a distancia?

—Una persona se puede asustar tanto que llega a un estado de ansiedad y pavor que la enferma.

—¿Y por qué puede asustarse tanto una persona?

—¿Usted no se asustaría si un día, sin causa alguna, despierta con un rasguño en un brazo que aparece de la nada y no le duele a pesar de su

profundidad? Los que viven por aquí sabemos que eso existe.

—Volvamos a esa noche. Aparte del grito del pájaro, ¿algo más llamó su atención?

—No. Me quedé rápidamente dormida.

—¿Conoce bien a los que están aquí?

—Sí, son mis amigos.

—¿Alguno de ellos tenía problemas con Aparicio o con Pola?

—Con Aparicio.

—¿Qué tipo de problemas?

—Financieros. Aparicio tenía a Juaco y a su hijo entre la espada y la pared por un dinero que le debían. Pola estaba peleando el aumento de la pensión alimenticia para su hijo, que es también hijo de Aparicio, y Sara la apoyaba.

—¿Y alguien tenía problemas con Pola?

—Que yo sepa, salvo a Sara, a nadie le importaba esa muchacha.

—Y la noche que murió Pola, ¿escuchó o vio algo que le pareciera extraño o fuera de lugar?

—Nada que recuerde.

—Bien, doña Matilde, nada más por el momento —dijo el inspector.

Por el olor a humo los muchachos supieron que el que ingresaba en el cuarto era Adrián Mateluna.

—¿Oyó usted algo que despertara su curiosidad la noche en que murió Aparicio Retamales?

—No, nada.

—¿Salió en algún momento de su pieza?

—No. Solo me levanté al baño.

—¿A qué hora fue eso?

—No tengo idea, porque no miré el reloj. Tal vez Diego pueda decírselo, porque se despertó cuando volví a la cama.

—¿Qué relación tenía usted con el muerto?

—Lo conocí al llegar a Chiloé, hace ocho meses. Teníamos una relación de amistad más bien superficial.

—¿Y con la viuda?

—Ella es una artista de gran sensibilidad y le he tomado mucho cariño.

—¿Cariño solamente?

—¿A qué se refiere?

—A lo que usted se imagina. ¿Está seguro de que no salió de su cuarto la noche en que murió Aparicio Retamales?

—Seguro.

—¿Y qué me respondería si yo le digo que lo escucharon hablar en el pasillo con una mujer?

—Le respondería que esa persona mintió o me confundió.

—¿Y la noche en que murió Pola?

—¿Qué?

—¿Salió de su cuarto? ¿Escuchó o vio algo que llamara su atención?

—Ni salí de mi cuarto, ni escuché ruidos.

—Nada más por ahora.

Diego y Emilia oyeron un seco "con permiso" de Adrián, seguido de unos pasos. Sorpresivamente el inspector preguntó:

—¿Le quedaron bien lustrados los zapatos?

—¿Qué… ?

—Veo que están brillantes.

—¿Está bromeando, inspector?

—Algo así. No me haga caso… por el momento.

La siguiente entrevistada fue Sara, que negó haberse movido de su pieza la noche de la muerte de Aparicio y dijo no haber escuchado el grito.

—Esa noche, igual que la siguiente, la pasé con Monchito. Pola estaba tan cansada y nerviosa que decidí quedarme con el niño. Y me costó tanto hacerlo dormir, que cuando lo logré caí como piedra.

—O sea que su protegida durmió sola las dos noches.

—Sí, pero… ¡no me va a decir que sospecha de Pola!

—Yo no he acusado a nadie. Pero tampoco descarto a nadie. Ni a los muertos.

—¡Inspector, cómo puede decirme eso! ¡Usted es un insensible!

—Soy un detective.

El llanto ahogado de Sara llegó hasta los oídos de los muchachos, junto con una exclamación.

—¡Nunca había escuchado algo tan absurdo!

—Solo constato hechos. Y ahora me gustaría saber lo que hizo la noche de la muerte de Pola.

—¿Lo que hice? ¡Dormir como pude, después del asesinato de la noche anterior!

—Háblеme de la infusión de hierbas que se supone bebió su protegida esa noche.

—Todos los días, antes de irse a dormir, ella bebía una agüita de alcacheo. La preparaba a la hora de la cena, porque le gustaba tomársela fría.

—¿Usted la vio esa noche, cuando se la preparaba?

—Sí, claro. Estábamos todos en la cocina, o sea que no solo la vi yo. Pero esa noche ella agregó a su infusión tres pétalos de la flor del chamico, una planta que los mapuches usan para dormir y que algunos dicen que provoca alucinaciones.

—¿Lo hacía con frecuencia?

—¿Qué cosa?

—Beber de ese chamico.

—No, pero después de lo que había pasado, era comprensible que mi pobre Pola buscara un sueño más profundo.

—Alucinaciones… alucinaciones… —repitió el inspector en voz baja.

—¿Me va a decir que usted piensa que ella se drogó y que por eso se tiró por el balcón?

—Solo reúno antecedentes, señora, ya se lo dije. Otra pregunta, ¿usted se quedará a cargo del niño, verdad?

—El niño era su constante preocupación. Y tanto así que dejó establecido ante notario su voluntad de que Monchito quedara bajo mi tutela si a ella le pasaba algo. ¡Como si lo hubiera intuido! Pola era huérfana y antes de que yo la acogiera supo lo que era estar sola en el mundo.

—Una última pregunta: ¿se cruzó usted por casualidad en el pasillo de las habitaciones con Adrián Mateluna la noche de la muerte de Aparicio?

—Ya le dije, esa noche no me moví de mi cuarto.

Cuando la puerta se cerró, Emilia y Diego salieron de la tina, estiraron sus piernas y se asomaron al dormitorio.

—¿Qué tal? —preguntó el inspector.

—Escuchamos todo —respondió Emilia.

—¿Alguna conclusión?

—Si los pétalos de la infusión que bebió Pola eran alucinógenos —dijo Diego—, la teoría del suicidio cobra sentido: bebió para envalentonarse.

—¿Y el golpe en la nuca? —preguntó el inspector.

—Si alguien cae de tanta altura, ¿no es normal que tenga un golpe en la cabeza?

—El golpe en la nuca no corresponde a la posición en que fue hallado el cuerpo, a no ser que ella hubiera ido rodando y dando botes.

—¿Y eso puede haber sucedido, no? — siguió Diego.

—Poco probable por la situación del acantilado: en el aire no se dan botes.

—¿Y qué opina de la posibilidad del mal a distancia? —preguntó Emilia.

—No descarto nada.

—Inspector, ¿está hablando en serio? —se asombró Diego.

—¿Y si consideramos el mal a distancia como un mandato? —respondió el inspector.

—¿Como Al Capone a sus sicarios? —creyó entender Diego.

—Digamos que un brujo Al Capone y muchos brujos sicarios.

Emilia y Diego no supieron si el inspector hablaba o no en serio.

17

SIGUE EL INTERROGATORIO

—¿PODRÍA SACARSE EL CHICLE de la boca? —escucharon los muchachos que pedía el inspector.

—¿Y dónde lo dejo? ¿En el baño? —la voz del Poroto sonó con su displicencia acostumbrada.

—Bótelo aquí no más, en el papelero. Y deme su nombre completo, por favor.

—Poroto.

—Su nombre, no su sobrenombre.

—Eleuterio de las Mercedes Cárdenas Huenchucao.

—Dígame, Eleuterio, lo que hizo y escuchó la noche de la muerte de Aparicio.

—Dormí. Solo desperté en un momento con los ronquidos del caballero, pero lo llamé al orden, o sea al silencio, y me volví a dormir.

—¿No se levantó en ningún momento?

—No… ¡Ah, sí, al baño una vez!

—¿Abrió para algo la puerta de su dormitorio?

—¿Para qué la iba a abrir?

—¿Y si yo le dijera que la puerta de su dormitorio estaba entreabierta y luego fue cerrada?

—¿Me lo está diciendo o es un decir?

—Se lo estoy diciendo, alguien la vio cerrarse.

—Sería el caballero.

—¿Y no sería usted?

—Bueno, la verdad, inspector, es que yo me acosté bastante mareado con el vino y el licorcito de oro ese. Así es que puede dudar de todo lo que le digo. En una de esas yo mismo la abrí, confundiéndola con la del baño. Me

acuerdo haber abierto puertas, pero no haberlas cerrado. Para serle franco, jefe, yo estaba bastante mal.

—¿Y qué me puede decir de la noche de la muerte de Pola?

—Ah, esa noche sí que escuché varias cosas. Primero, todos salimos al pasillo porque el mocosito no paraba de chillar. Y mucho rato después, no sé qué hora sería, me desperté con una pesadilla que se me hizo realidad.

—¿Cómo es eso?

—Le cuento. Estaba soñando que el Trauco caminaba por el pasillo arrastrando sus pezuñas. Venía a llevarse a la ruciecita santiaguina y…

En la tina, Diego y Emilia se miraron.

—…Entonces yo me levantaba a defenderla… ¡Y ahí me desperté! Pero cuando abrí los ojos, el Trauco seguía caminando por el pasillo.

—¿Seguía caminando por el pasillo? ¡Y usted seguramente salió para atraparlo! —intervino el inspector, socarrón.

—¿Se le ocurre? ¡Jamás me metería con el Trauco! Me volví a dormir no más.

—Bien, Eleuterio, dejaremos hasta aquí el interrogatorio. Quiero que le quede bien claro que esta situación no es para bromas y usted es sospechoso de asesinato, como cada uno de los que durmieron aquí la noche en que murió Aparicio Retamales y la noche en que murió Paulina Meneses.

—Como usted diga, inspector —respondió el Poroto, esta vez respetuoso.

—Adelante, Vilma, tome asiento.

—Gracias, inspector.

—Sé que para usted es muy difícil todo esto, pero me veo en la necesidad de hacerlo para aclarar los crímenes.

—La palabra crimen me sobrepasa, inspector.

Emilia y Diego escucharon que Vilma se sonaba.

Santelices carraspeó.

—Cuénteme, señora, de la noche en que murió su marido.

—Él estaba muy exaltado. Tenía conflictos con la madre de su hijo.

—¿Qué tipo de conflictos?

—Esencialmente de dinero. Pola pedía y pedía, sin límites. Y Aparicio, que en ese sentido era un hombre muy cuidadoso, se sentía pasado a llevar.

—¿Cuidadoso o avaro? —el inspector no se anduvo con rodeos.

—Muy cuidadoso, diría yo. Y ese día tuvo una discusión con Pola y otra con Sara.

—¿Él no mantenía a su hijo?

—Claro que sí, y muy bien. Pero Pola, aconsejada por Sara, siempre exigía más. Y según Aparicio, Sara ocupaba parte de ese dinero en pagar sus deudas y hacer trabajos de ampliación en la hostería. Sara exigía de Pola esa retribución.

—Volviendo a esa noche, ¿vio usted a su marido salir del dormitorio?

—Esa noche yo me fui a dormir temprano, porque me sentía mal. Tomé mis pastillas para dormir y no recuerdo más. Me desperté a la mañana siguiente y me di cuenta de que la cama de mi marido permanecía intacta. Lo demás ya lo sabe usted.

—¿Por qué se sintió mal?

—¡Ay, inspector, si yo lo supiera! Siempre pensé que la víctima sería yo. ¿Y sabe? No descarto la idea de que podría ser la tercera. ¡Sigo aterrada!

—Doña Matilde ya me contó de su sajadura, de sus desvanecimientos y de que usted está siendo sometida a un mal a distancia. Por curiosidad, ¿me puede mostrar su sajadura?

—Ya ha disminuido, pero mire…

El silencio duró unos segundos.

—¿Muy dolorosa?

—Nunca me ha dolido.

—Usted cree en la brujería, parece.

—Hasta llegar a Chiloé, para mí todo era pura superstición. Pero después de unos años aquí, hasta mi arte se ha visto impregnado por la magia.

—La noche de la muerte de Pola, ¿escuchó algo?

—Solamente el llanto del niño. Todos lo escuchamos, puesto que salimos a mirar.

—¿Y luego?

—Cuando escuché llorar a Monchito ya había tomado mis pastillas, así es que volví a la cama y caí hasta el otro día en la bendita irrealidad.

—Le haré una última pregunta: ¿quién cree usted que asesinó a su marido?

—Le responderé de otro modo: creo que para varias personas la muerte de Aparicio fue conveniente.

—¿Para quiénes?

—Para que no parezca acusación, le diré que solo Emilia, Diego y su tía no se favorecen con la muerte de mi marido.

—¿Y usted, señora, se favorece?

—Yo con él lo tenía todo. Ahora que me he quedado sola, nada tiene sentido para mí. El asesino de Aparicio tendrá que pagar en esta vida o en la otra todo el mal que ha hecho.

—Su nombre es Joaquín Cárdenas, ¿no?

—Sí, Juaco para los amigos.

—Bien, don Juaco, dígame: ¿qué relación tenía usted con Aparicio Retamales?

—Una relación indirecta: era el jefe de mi hijo.

—¿Era un buen jefe?

—¡ Vaya preguntita!

—¿No lo era?

—Aunque recto, era duro. No dejaba pasar una ni se conmovía por nada.

—¿Tuvo problemas con su hijo?

—Sí, lamentablemente.

—¿Qué tipo de problemas?

—El Poroto es joven y, usted sabe, los chiquillos hacen leseras.

—Concretemos: he sabido que su hijo robó. ¿O me equivoco?

—No.

—Y el señor Retamales lo iba a demandar.

—Sí.

—Y ahora ya no hay demanda.

—¿Me está acusando?

—¿Qué hizo la noche de la muerte de Aparicio? —fue la contestación del inspector.

—Dormí.

—¿Y no escuchó nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera un grito?

—Ah, sí, pero creí que era el Poroto que estaba con pesadillas.

—¿Escuchó a su hijo levantarse al baño?

—¿Fue al baño?

—Así dice él.

—No lo oí.

—¿Abrió o cerró usted la puerta; de su habitación a lo largo de esa noche?

—No.

—¿Y qué me puede decir de Pola?

—Le tenía mucho cariño a esa niña; su vida era muy triste. Siento mucho su muerte y entiendo que haya querido quitarse la vida.

—¿Y siente la muerte de Aparicio?

Como respuesta, los jóvenes en la tina escucharon un golpeteo metálico sobre la madera.

Cuando Diego y Emilia salieron del baño, Eugenio Santelices leía concentrado en su libreta.

—Estoy algo cansado, muchachos. Ya que dejó de llover, saldré a dar una vuelta a ver si se me aclaran las ideas.

Los tres abandonaron el cuarto. Los jóvenes se encaminaron hacia la sala y el inspector hacia la puerta de salida.

La gran sala estaba desierta. Al parecer todos se habían refugiado en sus habitaciones luego del interrogatorio. Emilia tomó de la mano a Diego y lo condujo hacia el sofá floreado donde los dos se dejaron caer.

—¡Estoy agotado y no he hecho nada! —dijo Diego.

—Si supieras cómo estoy yo. Debe ser la tensión. Mi mente es un puzzle cuyas piezas se unen y desunen.

—¿Qué estás pensando, Emilia?

Emilia no respondió. Se echó hacia atrás, bostezó, cerró los ojos, estiró los brazos y los dejó caer. Una de sus manos se apoyó sobre la rodilla de Diego y la otra se hundió en el espacio entre el cojín y el brazo del sillón. Sus dedos juguetearon con algo duro y de inmediato la mano se levantó con su presa: un pequeño tubo de vidrio.

—Tengo que mostrarle esto al inspector.

Cuando guardaba su hallazgo en el bolsillo del jeans, sus dedos tropezaron con algo duro. Miró el palito amarillento y se dijo que tenía que hablar con Matilde.

18

UNA A UNA LAS NUBES SE DISIPAN

EL PIZARRÓN DEL CIELO había pasado de negro a gris, de gris a blanco y de blanco a un azul profundo. Nubes ambiguas, transparentes y deshilachadas aún vagaban sin rumbo, como buscando el amparo del techo oscuro que ya no estaba. Al fondo, sobre el horizonte del mar, una mancha negra se alargaba, huyendo de la claridad. Un calor de chimenea comenzó a subir desde la tierra y las plantas esponjadas elevaron sus hojas hacia ese sol que les daba la bienvenida. Los pájaros salieron de sus escondites y dieron inicio a un concierto de gorjeos, al que siguió un aplauso de alas en el aire.

El inspector se paseaba con las manos en la espalda y los ojos fijos en las aguas ahora quietas del mar de Isla Tranqui. Era tal su abstracción que al ver aparecer a los muchachos dio un respingo.

—¿Qué pasa? —se sobresaltó.

—Inspector, descubrí algo —dijo Emilia, agitada.

Los tres siguieron caminando por el sendero rodeado de nalcas y espinillos. Emilia gesticulaba, Diego asentía con la cabeza y el inspector escuchaba con atención.

Luego de una larga conversación, Eugenio Santelices apoyó sus manos en los hombros de Emilia y dijo con seriedad:

—El caso, al parecer, es tuyo. Reúne a la gente y haz lo que tienes que hacer. Yo estaré a tu lado.

—Y yo también —aprobó Diego, mirando a su novia con admiración.

El salón nuevamente acogía a los huéspedes del Lucerna. Sara, vestida de negro y con su cara de luna más pálida que nunca, servía café. Vilma, sentada junto a un Adrián de barba crecida y aspecto desaliñado, se veía disminuida y más ojerosa que nunca; ahogaba un bostezo tras otro mientras sus ojos se perdían en el cielo claro que mostraba la ventana. Juaco, serio,

hosco y con los labios apretados, miraba a su hijo estirarse sobre el sillón, como si estuviera en una distendida reunión de amigos. Matilde, la única que seguía con su chal al revés, estaba inmóvil y ausente, con sus manos cruzadas sobre el regazo en actitud de meditación profunda. Emilia y Diego, sentados en el suelo, se apoyaban en la pared.

—Señores, ha llegado el momento de la verdad —comenzó Eugenio Santelices, mirando a su auditorio.

—¿Hay que aplaudir? —preguntó el Poroto.

Un silencio pesado respondió a su exabrupto.

—Después de analizar los hechos —siguió el inspector—, hemos llegado a ciertas conclusiones definitivas. Porque los hechos, que en estos casos llamaremos pruebas, hablan por sí mismos.

—¿Hemos? —se extrañó Adrián.

—¿Hay pruebas? —preguntó Vilma

—¿Podría ser más explícito? —siguió Juaco.

—A eso voy. Respondiendo al señor Mateluna, hemos significa hemos. O sea, un verbo en plural. Eso quiere decir que no trabajé solo en este caso, sino que tuve una magnífica ayuda que a su debido tiempo conocerán. Y en cuanto a las pruebas de las que quiere saber la señora Retamales, las iremos conociendo una a una. ¿Soy lo suficientemente explícito, don Joaquín?

El aludido no respondió. El inspector carraspeó y su cabeza giró lentamente, deteniéndose un segundo en cada rostro. Al fin su voz sonó lúgubre.

—Entre nosotros hay un asesino.

—¿Aquí en el Lucerna? —alzó la voz Matilde.

—Ahora lo sabrán. Ustedes han sido testigos de dos muertes en un breve lapso. La primera, de Aparicio Retamales, tenía las trazas de un accidente; pero luego salieron a luz detalles que sembraron dudas. ¿Cómo podría un hombre bajo de estatura y además borracho tomar impulso y subirse a una alta baranda sin soltar la copa que sostenía en la mano? En la segunda tragedia, todos los indicios apuntaban al suicidio de Paulina López, pero… ¿por qué la víctima, que cayó de bruces sobre los espinillos tenía un golpe contundente en la nuca? ¿Por qué dejó en su velador un papel arrugado y sucio, en vez de una nota pulcra, como era ella y todo lo que la rodeaba?

No volaba una mosca. El inspector caminó dos o tres pasos, se acercó al ventanal, miró hacia afuera y siguió con su vista la flecha silenciosa de un escuadrón de pelícanos que volaba a ras del mar.

—Comenzaré con usted —dijo abruptamente, sin volverse a su público. Luego dio un lento giro y apuntó con un dedo al antropólogo.

Adrián sacó su brazo del hombro de Vilma y se enderezó.

—¿De qué se trata? —alzó la voz, con vehemencia—. Usted no puede…

—Yo puedo, señor. Para eso estoy aquí.

—Pero me está acusando.

—¿Quién le dijo que lo estaba acusando?

—Su dedo…

—Mi dedo los apuntará a todos. Usted aseguró no haber salido de su habitación la noche de la muerte del señor Retamales. Sin embargo, alguien lo escuchó hablar en voz baja en el pasillo con una mujer.

—¡Esto ya se lo dije, inspector! ¡Ese alguien mintió o se confundió!

—Ese alguien lo reconoció por su tos de fumador, la única tos del único fumador que hay entre nosotros.

—¿Y si otro me quiso imitar?

—¿Para que lo escuchara quién? —La pregunta del inspector brotó instantánea.

—El que escuchó.

—Sea racional, señor Mateluna. El testigo fue casual. Sería mejor que aceptara que esa noche estuvo en el pasillo hablando con una mujer. Le aseguro que la verdad no lo va a condenar.

—¡No salí de mi pieza esa noche! —afirmó categórico el antropólogo.

—Mmm… Sus zapatos se movieron solos entonces… —ironizó el inspector.

Adrián bajó la cabeza y apretó los puños.

—¡Qué ridículo!

Santelices pasó por alto el comentario y esta vez su dedo indicó a Sara.

—Me pregunto cuán triste estará usted, señora, con la muerte de su protegida.

—Muy triste. Para mí era como una hija y eso todos lo saben. No entiendo por qué lo pregunta.

—Se lo pregunto porque es un hecho que desde el momento en que obtenga la tuición del niño, el dinero que a él le corresponde legalmente por ser hijo de Aparicio, será administrado por usted.

—¿A dónde quiere llegar, inspector?

—Esas dos muertes la favorecen, señora.

—¿Me está acusando de un doble asesinato? ¡No lo puedo creer! ¡Es lo único que me faltaba! —Y la mujer estalló en un llanto histérico.

—Le repito lo mismo que dije a don Adrián Mateluna: no acuso, constato hechos.

Matilde se puso de pie y lanzando una mirada fulminante al policía, sacó una servilleta de papel de la bandeja del café y se la pasó a su amiga para que enjugara sus lágrimas.

Sin dar pie a más comentarios, Santelices siguió con Vilma.

—Señora, usted dice que con la muerte de su marido lo perdió todo. Eso puede ser en el terreno emocional. Pero en el terreno práctico hereda una parte de su fortuna. Por otro lado, no hay nadie que atestigüe que usted durmió de corrido esa noche y la siguiente, solo su palabra.

Vilma, instintivamente, cogió la mano de Adrián y exclamó:

—¡Esto es una pesadilla!

El dedo del inspector reanudó su trayectoria. Esta vez apuntó al Poroto.

—Voy a ser directo. Usted, Eleuterio Cárdenas, aseguró no haber salido de su cuarto la noche de la muerte de Aparicio Retamales. Sin embargo, alguien vio la puerta del dormitorio entreabierta antes de las tres de la madrugada y varios minutos después la escuchó cerrarse. Por otra parte, la muerte del señor Retamales significa para usted el fin de sus pesadillas.

—Sí, tiene razón. La muerte de ese tipo me vino como anillo al dedo, pero yo no lo maté. Y no salí de mi dormitorio.

—Entonces, si no fue usted, esa puerta la abrió su padre. —El dedo del inspector giró hacia Juaco—. Padre e hijo duermen juntos. ¿Quién protege a quién?, me pregunto.

—Inspector… —comenzó Juaco.

—¡No, viejo! ¡Fui yo el que dejó la puerta abierta y tú solo la cerraste! —exclamó el Poroto a viva voz.

—Me pregunto para qué mintió el padre al decir que no había cerrado una puerta porque nunca estuvo abierta o para qué mintió el hijo al decir que no recordaba haber dejado una puerta abierta. Acabamos de comprobar que se protegen el uno al otro —intervino el inspector.

Juaco enrojeció violentamente y miró a su hijo, que lo observó, lívido.

El inspector, inmutable, siguió hablando:

—Descarté desde un comienzo a tres personas: Matilde Olivares, Emilia Casazul y Diego Monteverde. Ellos no tenían ningún motivo para cometer los asesinatos.

Se volvió a Emilia y con un gesto la invitó a ponerse de pie.

19

ACTO FINAL

TODOS MIRARON ESTUPEFACTOS a Emilia. Su pelo castaño estaba cogido al descuido con una peineta sobre la nuca. La polera verde y arrugada y los jeans sucios en las rodillas mostraban que su aspecto no había sido la gran preocupación en las últimas horas. Un dejo de tristeza apareció en sus ojos cuando comenzó a hablar.

—Me da mucha pena lo que tengo que decir. Aunque solamente los he conocido superficialmente, me han caído todos muy bien y el hecho de que sean amigos de Matilde aumentó mi simpatía. Es por eso que lo sucedido en estos dos días supera todo lo que me ha tocado ver y vivir anteriormente junto al inspector Santelices.

Emilia, pese a su juventud, se veía madura y decidida.

—Lo que más nos ha impactado, al inspector, a Diego y a mí, es la presencia de lo mágico en todos estos hechos: sajaduras, pájaros agoreros y brujos convertidos en búhos presagiaron lo que iba a venir y sucedió. ¿Tiene esta tierra elementos tan distintos al resto del país como para convertir lo fantástico en real? ¿Puede una realidad común y corriente ser envuelta por una magia de tal envergadura que al paso de los días queda ahogada por lo sobrenatural, igual que el peñasco en la montaña helada que al caer de lo alto se transforma en alud?

Matilde miraba a Emilia con una sonrisa perpleja. Los demás la escuchaban con los rostros tensos, a la espera de lo que vendría. Diego se había sentado a horcajadas en una silla y apoyaba brazos y mentón contra el respaldo. El inspector permanecía de pie en una esquina.

Emilia respiró hondo. Sabía que no podía dilatar más la revelación.

—Afortunadamente, gracias a la presencia de la Policía de Investigaciones logramos quitar la nieve que envolvía el peñasco y

desnudarlo a nuestra vista. El inspector ya mostró las debilidades de cada uno frente a la muerte de Aparicio. Pero Pola… ¿quién podría querer matar a Pola? En un comienzo todos pensamos que su deceso correspondía a un suicidio, puesto que había dejado una nota que así lo daba a entender. Pero ciertos detalles nos llevaron a dudarlo.

La silla de Juaco crujió, el Poroto se comía las uñas, Vilma se arropó con sus propios brazos, Adrián fumaba y fumaba y Sara arreglaba meticulosamente los pliegues de su amplia falda negra.

—Algunos mintieron en el interrogatorio. Adrián dijo que no había salido de su habitación la noche de la muerte de Aparicio. Sin embargo, un zapato dejado para su limpieza, que estaba volcado, mostró que él o Diego lo había pasado a llevar al salir del dormitorio. Por otra parte —Emilia miró directamente al antropólogo—, esa madrugada sostuviste una conversación en voz baja con alguien en el pasillo y yo te reconocí. Eran los mismos murmullos interrumpidos por la misma tos de fumador que con Diego escuchamos una mañana en la iglesia de Castro, mientras conversabas con Vilma.

Fue tal el impulso de Adrián al ponerse de pie, que su silla cayó al suelo.

—Siéntese, por favor, Emilia no ha terminado —ordenó Santelices.

Adrián miró a Vilma. Ella se encogió de hombros y bajó los párpados. Entonces el hombre levantó con rabiosa energía la silla del suelo y volvió a sentarse en silencio.

—Juaco también mintió —siguió la muchacha sin alterarse, y dirigiéndose al experto en papas—. Quizá porque salió de su cuarto, quizá para encubrir a su hijo. La noche del primer asesinato, no solo vi la puerta entreabierta de su dormitorio, sino que más tarde la escuché cerrarse y junto con ello sonó el click de su anillo contra el pomo. Era el mismo sonido que más tarde llegó a mis oídos cuando el inspector lo interrogaba en su cuarto y Diego y yo escuchábamos encerrados en el baño. ¿No es cierto, Juaco, que esa vez su mano golpeteó la silla en un momento de nerviosismo?

Juaco abrió la boca como para decir algo, pero ningún sonido salió. El Poroto miró a su padre con temor.

—Y pudiste ser tú, Poroto, el que abandonó la habitación y olvidó cerrar la puerta. En cuanto a Sara —siguió rápidamente Emilia, antes de que alguien la interrumpiera—, aunque no hay evidencia de que haya salido de su cuarto, no descartamos la posibilidad de que estuviera mintiendo: su conversación telefónica con alguien a quien aseguró “que muy luego podría

pagarle", demostraban que necesitaba dinero con urgencia. ¿Y de dónde lo iba a sacar? Cuando Pola murió, quedó en evidencia que ella se haría cargo del niño, por lo tanto, de administrar su patrimonio.

—¡Muchacha ingrata y calumniadora! —gritó Sara, con el rostro descompuesto. Matilde miró a Emilia con severidad y se acercó a su amiga para calmarla, palmeando su hombro en un gesto tranquilizador.

—Y por último tenemos a Vilma, la viuda. ¿Qué móvil tenía ella? Obviamente la herencia. La herencia de un marido tacaño, que guardaba bajo llave el maní, le ponía una tapita de bebida al jabón para usar hasta su última burbuja y, lo más importante, se negaba a financiarle una sala de arte. Vilma mintió, como muchos otros.

—¿Cómo puedes, Emilita? —Vilma respiró con dificultad.

—Empezaré con tu sajadura y tus desvanecimientos —la joven siguió hablando como si no hubiera escuchado la interrupción—. Dijiste que te estaban haciendo un mal. Pero se supone que las sajaduras no duelen, ¿o me equivoco, Matilde?

—No, no duelen —respondió Matilde, sorprendida.

—¡Claro que no duelen! —exclamó Vilma.

—Y si no duelen, ¿por qué contuviste un gesto de dolor cuando Diego cogió tu brazo el día que visitamos el taller? En esa oportunidad Diego no solamente comprobó lo musculosa que eras, sino que yo vi tu rostro contraído. Y con respecto a tus desvanecimientos, ¿cómo es posible que alguien que se desmaya desvíe el rostro lo justo y necesario para que su mejilla no caiga sobre una paila de greda hirviente? Esos dos hechos demostraron no solo que la sajadura te producía dolor porque tú te la habías provocado, sino que ese desvanecimiento fue estudiado y consciente.

—Emilia, no te sobrepases. Los desmayos de Vilma eran reales —intervino Matilde, muy seria.

—Adrián, di algo, no sé de qué está hablando esta niñita —agregó Vilma, mostrando sorpresa.

—¡Qué bien mientes, Vilma! —fue la respuesta de Emilia—. Al comienzo lograste engañarnos, pero como siempre sucede en estos casos, se te fueron algunos detalles.

—¿Cuál es la idea de dejar que esta niñita impertinente nos hable así, inspector? —Adrián se enfrentó a Santelices, que permaneció mudo.

—Sigo —continuó Emilia, impertérrita—. El agua de alcacheo es de color verde oscuro, ¿no, Matilde? Así la vi cuando Vilma bebió su infusión

en ese restorán junto a la feria artesanal. Pero luego, la que tomó en su casa no oscureció el agua; por lo tanto, no era la misma hierba. Cuando entré al baño, recogí este palito que encontré sobre el lavatorio —Emilia alzó un pedacito de madera entre sus dedos— y lo guardé en mi bolsillo. Más tarde se lo mostré a Matilde y ella me dijo que era pillu pillu, una corteza que usada en exceso produce intoxicaciones. Efectivamente, Vilma sentía mareos y su salud estaba alterada, pero cuando desfallecía nunca perdía completamente el sentido, solo simulaba. Sabía lo que estaba haciendo y racionaba muy bien su veneno, lo justo para engañar hasta al médico que la vio. ¿Y todo para qué? Para hacer creer que ella era la víctima y quedar así libre de sospecha.

—¡Pero que razonamiento más complicado! ¡Eso es surrealismo puro! —la risotada de Adrián sonó estentórea—. Y aunque esa acusación fuera cierta, no es una prueba de culpabilidad ni mucho menos.

—¿Autoenvenenándome con pillu pillu? ¡Tendría que ser bruja para atreverme a beber eso! —rio también Vilma, como quien escucha un chiste.

—Mucho de bruja tienes porque a mucho más te atreviste, Vilma. Te atreviste a lanzar a tu marido al vacío. Él era pequeño y delgado y tú tenías la fuerza suficiente para levantarlo. No sabes cómo nos impresionaste con Diego ese día en tu taller cuando alzaste con una mano, como si fuera una pluma, ese pesadísimo cincel de hierro. La madrugada del crimen me levanté a beber un jugo a la cocina y escuché a Aparicio hablar en la terraza. ¡Pensé que en su borrachera le estaba recitando a la luna! Pero en verdad era a ti, confundida entre las sombras, a quien hablaba tiernamente. ¡Pobre hombre! Debe haber creído que habías ido a buscarlo para llevarlo al dormitorio y no a la muerte. Minutos después, cuando volvías a tu cuarto y te encontraste sorpresivamente con Adrián… ¡venías de cometer un crimen!

—¡Esto no lo voy a tolerar! ¿Qué te has creído, calumniadora? ¿Cómo es posible que no la hagan callar?

Vilma miró hacia todos lados en busca de apoyo.

—Lo siento, Vilma, pero nadie me hará callar. Porque no solamente lanzaste a tu marido por el balcón, sino que al otro día lo hiciste con Pola. Y tuviste la suficiente sangre fría para trasladarla desde el dormitorio hasta la terraza después de haberla golpeado en la cabeza.

—No era el Trauco, entonces, al que escuché arrastrando las pezuñas —lanzó el Poroto, sorprendido.

—Adrián, ¿no vas a hacer nada? ¿Te das cuenta de lo que está inventando esta niña estúpida, con el beneplácito del señor Santelices? ¿Creerán acaso que también escribí el mensaje que dejó Pola antes de morir?

—En eso tienes razón. Ese mensaje era de Pola —aclaró Emilia, antes de que Adrián interviniera—. No lo terminó porque la sorprendimos en la cocina mientras lo escribía, la noche en que ayudamos a Sara a poner la mesa. ¿Recuerdas, Vilma? Le escribía a tu marido y cuando te vio aparecer lanzó instintivamente el papel al tarro de basura, junto a unas conchas de choritos. El escrito, que despertó tu curiosidad, quedó arrugado e impregnado de olor a mariscos. ¿Qué era lo que ella no quería que viéramos? Pola y yo abandonamos la cocina y tú te quedaste el tiempo suficiente para rescatar el papel. Al leerlo, decidiste que te serviría. Lo que ella no terminó de escribir podría parecer lo que todos creímos en un comienzo: confesión y despedida.

—Inspector, ¿cómo permite que esta niña siga con esta sarta de estupideces? —Adrián se volvió hacia Santelices, que seguía en silencio la exposición de Emilia.

—¿Estupideces? ¿Es que no te das cuenta, Adrián, o no quieres darte cuenta? El plan de Vilma era hacer creer que Pola había matado a Aparicio y luego se había suicidado —respondió Emilia.

—Es muy fácil lanzar acusaciones a destajo para convertirse en heroína sin tener ninguna prueba —se enfureció Adrián.

—Adrián, te aconsejo no seguir defendiéndola, por muy enamorado de Vilma que estés. Te estás involucrando en un asesinato. Ya una vez la protegiste, cuando la encontraste en el pasillo, de vuelta de su crimen. Quiero pensar que ella te engañó y no que eres encubridor.

—Ella no me engañó. Había ido a la sala, a juntarse conmigo, porque sabe que me levanto a fumar en mitad de la noche.

Vilma giró su cabeza y miró al antropólogo con terror.

Emilia sonrió.

—¡Era el eslabón que me faltaba! Vilma era efectivamente la mujer con la cual cuchicheabas en el pasillo! Le mentiste al inspector para no dejar en evidencia lo que había entre ustedes, sin saber que para Vilma lo importante era ocultar que esa noche no había tomado ningún sedante y que venía de la terraza.

—¡No tienes pruebas para acusarme! Y por si no te das cuenta, Adrián está mintiendo. ¡Jamás se encontró conmigo en el pasillo!

Adrián, como si en lugar de tener cogida la mano de Vilma, tuviera una lagartija, la soltó de inmediato.

—No hablo sin pruebas, Vilma —dijo Emilia, que, introduciendo su mano al bolsillo del jeans, sacó, como un mago del sombrero, un pequeño tubo transparente con píldoras blancas—. Aquí están tus somníferos. Esos que no has podido tomar, porque no los tenías. ¡Me imagino con qué afán los buscarías! Al encontrar este pequeño frasco recordé que la noche antes de que muriera tu marido, tu cartera estaba volcada en el sofá.

—¡La reina de las pruebas! ¡Resulta que como no tomé somníferos, maté a Pola! ¡Genial! —gritó Vilma, histérica.

—Tú lo has dicho. Eres una asesina. Mataste a Pola y te diré cómo. No sé si alguien se dio cuenta —comenzó mirando a su impactado auditorio— de que tu preciosa bata de levantarse de seda, ayer tenía un bolsillo descosido. ¿Qué pudiste haber guardado ahí? Solamente algo muy pesado: la piedra del mortero de la cocina con que golpeaste a Pola antes de llevarla a la terraza y lanzarla por el balcón. Crimen perfecto, ¿no? Primero matas a tu marido y luego a Pola, haciéndola aparecer como asesina y suicida.

—Qué fácil, ¿no? —Vilma, echaba llamas por los ojos—. Y Pola no se defendió, ni gritó, ¿verdad? ¡Esperó tranquila a que yo la matara! —La risa amarga de Vilma se transformó en una carcajada que sobresaltó a los que la escuchaban.

—Reconstitución de la escena —fue la respuesta de Emilia—. Pola esa noche había bebido una infusión de una planta sedante que, como bien dijo Matilde, hasta podía provocar alucinaciones. No fue capaz de atender a su hijo y todos vimos que Sara tuvo que llevárselo a dormir con ella. Por lo tanto, Pola, además de quedarse sola en su habitación, estaba dopada. ¡Qué ocasión más propicia para una mujer musculosa, y con una piedra en la mano! —Emilia buscó los ojos de la asesina para terminar—. Reconozco que fuiste valiente, Vilma, al arrastrar su cuerpo inerte por el pasillo y arriesgarte a que alguien te viera.

El pelo rubio y lacio de Vilma caía inocente, enmarcando un rostro que ahora parecía el de una niña vieja. Su mirada dura y el rictus cruel de sus labios ya no mostraban a la mujer frágil y tierna que tanta simpatía había provocado a Emilia. Hasta el tono de su voz sonó como el silbido de una serpiente anunciando el ataque.

—¡Maldita! ¡Niña desgraciada! Mi instinto me decía que desconfiara de ti.

—La hospitalidad de Sara te dio la oportunidad que hace tiempo buscabas para deshacerte de tu marido. Y el mensaje de Pola fue tu varita mágica para llevarte al crimen perfecto. ¿Te alcanzaste a sentir millonaria, Vilma, aunque fuera por un día? ¿Pensaste en cuántas galerías de arte podrías abrir? ¡Y qué descanso no tener que pedir cada vez las llaves a tu marido para abrir la despensa ni tener que hacer día a día el papel de la amante esposa que no eras! Incluso, ahora podrías casarte con Adrián, el hombre que nunca se da por vencido, como te dijo esa mañana en la catedral de Castro y al que ahora podrías ayudar publicando su libro.

Mientras Emilia hablaba, Vilma se fue acercando a ella. Súbitamente la asesina dio un salto, sus brazos se estiraron como los tentáculos de un pulpo y cogieron el delgado cuello de Emilia con sus brazos de tenazas. Emilia no alcanzó ni a decir "ay" antes de que diez dedos acerados se hundieran en su piel y comprimieran su garganta.

Diego fue el primero en llegar a ellas. Cogió las muñecas de la mujer e intentó separarlas del cuello de su novia. Pero la potencia de los brazos de Vilma era tan poderosa que el muchacho no lograba soltar esas garras que asfixiaban a su presa.

Emilia ya tenía la visión borrosa. Con la nariz dilatada y los ojos cerrados, aleteaba y daba patadas en un inútil y desesperado intento por respirar. Pero el Poroto y el inspector ya habían llegado en ayuda de Diego, y entre los tres lograron deshacer el nudo mortal en que la asesina, con fuerza esquizofrénica, tenía envuelta a la intrépida muchacha.

20

HASTA PRONTO, CHILOÉ

EMILIA, RECOSTADA EN EL ASIENTO del bus y con los ojos cerrados, recreaba la imagen de Matilde que la hacía beber un agua dulce y tibia con sabor a flores. Sorbo a sorbo había ido recuperándose. Los huéspedes del Lucerna la rodeaban, el Poroto lanzaba comentarios que no venían al caso y Diego acariciaba las marcas rojas que esos dedos salvajes habían dejado en su cuello. Mientras tanto Vilma, acurrucada en un sillón como un pájaro herido, miraba sus muñecas esposadas como si eso no estuviera sucediendo. A su lado, Adrián le repetía palabras de consuelo que eran también para él: "Estás enferma, estás enferma. Tranquila, todo estará bien…".

—Me dio pena despedirme de mi tía —dijo Diego, sacándola de su abstracción—. Para ella fue un duro golpe; se había encariñado mucho con Vilma.

—A mí me dio pena Juaco. ¿Viste que el Poroto siguió tan campante como siempre? La muerte de Aparicio lo alivió de una deuda que ni siquiera iba a pagar él; y no pareció tomarles el peso a los asesinatos.

—Yo creo que ese aire burlón e indiferente del Poroto es una pose para no mostrar debilidad. Es un poco desubicado, pero no creo que sea un mal tipo.

—Juaco, en cambio, estaba muy impresionado. Casi no se le escuchó hablar. Pasó dos días aterrado de que el Poroto hubiera sido el que lanzó a Aparicio por el balcón.

—¿Tú crees?

—¡Pero si hasta mintió para protegerlo! Acuérdate de que aseguró no haber cerrado la puerta del dormitorio.

—No me quedó muy claro ese episodio.

—El Poroto, borracho, creyó que la puerta del dormitorio era la del baño y la abrió. Más tarde su padre la cerró. Tan simple como eso.

—Mi linda detective, explíqueme algunos detalles más: ¿cómo te enteraste de que Vilma había sacado la piedra del mortero?

—La noche anterior, cuando entró ese pájaro a la cocina, tontamente busqué algo pesado para lanzar al vidrio y espantarlo. Pero, por suerte para el vidrio, el mortero estaba sin su moledor. Luego, a la mañana siguiente, me fijé en el bolsillo roto de la bata de Vilma.

Y dos más dos…

—¡Me voy a casar con un geniecillo! —ronroneó Diego en el oído de su novia.

—Solo es observación —respondió ella. Y lo besó.

—Me quedé pensando en el mensaje de Pola: ¿qué habrá querido decir?

—Me imagino que cuando escribió "primero lo hice por mi hijo" se refería al juicio que pensaba entablar contra Aparicio; "y ahora lo hago por mí" tenía que ver con su dignidad. No te olvides que cuando llegamos al Lucerna los vimos conversando y Aparicio levantaba los brazos en actitud rabiosa.

—¿Y qué irá a pasar con Vilma? —siguió Diego.

—La cárcel. A menos que se pruebe que está loca, lo que no creo. En esos crímenes hubo premeditación y alevosía.

—¡Jamás lo habría imaginado cuando la conocí! ¡Si parecía un pollito asustado!

—¡Sí! ¡Pobre Adrián! —se compadeció Emilia.

—¿Por qué pobre? —saltó Diego—. ¿Qué tiene de pobre?

—Ese hombre estaba perdidamente enamorado de Vilma y ella solo lo usó. ¡Fue una víctima!

—Sí, tal vez. Pero víctima o no, se entrometió en un matrimonio y fue un encubridor —dijo Diego, severo.

—Tienes razón.

—¿Habrá también castigo para él, mi abogada sin piedad?

—Eso lo decidirá el juez.

—¡Qué muertes tan horrendas! ¿Y Sara y ese niño retrasado? ¿Tendrá ella la fortaleza para seguir adelante con sus proyectos en ese lugar marcado por la tragedia?

—No me cabe duda de que sí. Tu tía la ayudará.

Se quedaron en silencio, tomados de la mano.

—Bueno, la última pregunta, Emilia. ¿Cómo lo pasaste en Chiloé?

Una risa clara precedió a la respuesta.

—Habría preferido algo distinto; pero los casos policiales me persiguen. Y si no hubiéramos venido, no habría conocido a tu encantadora tía Matilde y no llevaría estas hojitas de alcacheo en mi mochila. Nunca me imaginé, Diego, que en Chile existiera un lugar donde uno se levanta y se acuesta con la magia; donde los bosques alojan duendes, las plantas curan o matan, a las papas les nacen flores, los pájaros cantan la suerte y los brujos vuelan emplumados.

—Tienes razón, Emilia; así como hay sueños que se convierten en realidad, en Chiloé lo irreal es rutina diaria.

—¿Y sabes, Diego? Aunque las muertes de Aparicio y Pola fueron producto de la pasión humana y no de los brujos. Pero como dijo Matilde, ¿podemos acaso negar que fuimos advertidos por los pájaros? ¿Podemos acaso negar las señales que vaticinaron la muerte? Hasta la sajadura que se infringió Vilma para engañarnos, aunque no fuera mano de brujos, se volvió contra ella, provocando su desgracia y su condena.

—¡Ay, mi chilotita, cómo te quiero! —rio el muchacho.

El bus bajó del trasbordador, subió por la rampa que los alejaba del canal y aceleró rumbo a Puerto Montt.

Atrás dejaban canelos y nalcas, palafitos y tejuelas de alerce, altares y campanarios, curantos y chapaleles.

Los dos muchachos con sus narices pegadas a la ventana se despidieron también de esos cielos que dibujaban para ellos sirenas, duendes y barcos fantasmas. Y cuando una bandada blanca los persiguió volando por sobre el camino, los siguieron con la vista hasta que los pájaros se hicieron nubes y las nubes se volvieron pájaros.

TE CUENTO QUE JACQUELINE BALCELLS...

...es una destacada escritora chilena de literatura infantil y juvenil. Comenzó a escribir a los veinticuatro años para contarles historias a sus hijas. Mientras vivía en Francia decidió publicar el cuento **La pasa encantada**, que llegó a ser uno de los más leídos por los niños de ese país. En Chile, sus obras más solicitadas en la actualidad son **El polizón de la Santa María** y **Simón y el carro de fuego**.

TE CUENTO QUE ANA MARÍA GÜIRALDES…

…es una reconocida escritora chilena de literatura infantil y juvenil. Desde que era muy niña, Ana María manifestó interés en la literatura, y comenzó a escribir a temprana edad. Sus primeras publicaciones fueron a través de la revista Pocas Pecas, y más tarde escribió el libro El sueño de María Soledad. Entre sus obras más importantes podemos nombrar **Un embrujo de siglos**, que forma parte de la Lista de honor de IBBY desde el año 1992.

Ana María Güiraldes y Jacqueline Balcells han escrito exitosas obras de género policial y misterio, como **Trece casos misteriosos**, **Querido fantasma**, **Terror bajo tierra** y la serie protagonizada por una curiosa adolescente: **Emilia. Intriga en Quintay**, **Emilia y la Dama Negra, Emilia. Cuatro enigmas de verano**, **Emilia y la aguja envenenada** y **Emilia en Chiloé**.

Emilia en Chiloé
Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes

Ilustración de portada: Patricio Otniel

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhnuz
Edición: Catalina Echeverría

Dirección de Arte: Carmen Gloria Robles
Diagramación: Patricia López
Producción: Guillermo Aceituno

Primera edición: 2006
Novena edición: julio de 2018
Tercera edición en SM: julio de 2018

© Jacqueline Marty Aboitiz
© Ana María Güiraldes Camerati
© Ediciones SM Chile S.A.
Coyancura 2283, oficina 203,

Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12
www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 158-199
Registro de edición: 251.367
ISBN: 978-956-363-541-6

Conversión de eBook: Capture, S.A. de C.V.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u

otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

156442